

Natalia  
Diván



AMÉRICA

*Amores Peligrosos 2*

**AMÉRICA**

**(Amores Peligrosos 2)**

Natalia Diván

Copyright © 2019 Natalia Diván

Todos los derechos reservados.

# 1

Sentía un cosquilleo en el estómago. Su corazón comenzaba a acelerarse. Cierta sensación de mareo se adueñaba de ella. Marina abrió los ojos, abandonando el sueño en el que llevaba inmersa cuatro horas. Tenía ganas de vomitar.

Miró a su lado y ahí estaba Tony, en su asiento, dormido, con rostro angelical. Estaba más guapo que nunca. Más incluso que cuando lo conoció en su discoteca.

Apartó la mirada de él y la dirigió a la azafata que estaba al fondo del pasillo. Le hizo un gesto con la mano y ésta se acercó.

—¿La puedo ayudar en algo? —murmuró para no despertar a Tony.

—Estoy mareada —se limitó a decir, como una niña indefensa que no sabe qué hacer y pide auxilio.

—¿Quiere que la acompañe al baño?

—Sí, por favor.

La azafata la ayudó a desabrocharse el cinturón, que ni de eso se sentía capaz por sí sola; le ofreció su brazo para levantarse del asiento y la acompañó hasta el servicio, donde la dejó sola.

Se arrodilló ante el váter, levantó la tapa y se preparó para vomitar.

No entendía por qué se sentía tan mal. El vuelo estaba siendo muy tranquilo y no había habido turbulencias de ningún tipo. Quizás, su estado se debiera a que no estaba acostumbrada a volar y a que llevaba muchas horas encerrada en el mismo lugar. Eso la agobiaba.

Tras un rato intentando expulsar por su boca algo de contenido, se dio por vencida. Parecía que ya no tenía ganas de vomitar, que aquel paseo hasta el baño le había sentado bien.

Se refrescó el rostro y regresó a su asiento. Tony ya estaba despierto.

—¿Estás bien?

—Me sentía mareada, pero ya estoy algo mejor —dijo sonriendo, al tiempo que se dejaba hundir en su butaca.

—Mira —le indicó Tony, que miraba por la ventana—. Ya vemos tierra.

En efecto, estaban sobrevolando Brasil y ya habían dejado atrás el océano Atlántico. Marina quedó impresionada con el frondoso paisaje que divisaba desde las alturas. Todo era verde y muy llano, nada que ver con la montañosa España.

—Es increíble —dijo con la cabeza apoyada en el hombro de Tony.

—¿Verdad que sí? —le acarició el cabello—. Marina, soy feliz.

—¿Por qué? —sabía bien la respuesta.

—Por estar junto a ti. En muy poco tiempo te has convertido en el pilar fundamental de mi vida.

Una mirada cómplice se dibujó en Marina y lo abrazó con fuerza. Le encantaba lo que escuchaba. Resultaba delicioso sentirse querida por el hombre del que estaba enamorada.

—No tenía ni idea de que los criminales tienen corazón... —dijo en tono jocosos, y ambos rieron sonoramente—. Ya sabes, querido, que yo también te amo. Has sido como un terremoto en mi vida. La agitaste y la pusiste patas arriba, y estoy encantada de que lo hicieras.

—Gracias por tus palabras, pero... ay —suspiró mirando al techo.

—¿Qué te ocurre?

—Que estoy preocupado. Nervioso. Intranquilo. No sé explicarte.

—Te entiendo, te entiendo. Yo me siento igual, Tony. Tenemos miedo ante lo desconocido.

—Así es. No sé cómo será nuestra vida aquí, en Brasil. Desde luego, no tan cómoda como en Marbella, de eso estoy seguro. Siento no poder cambiar las cosas para que estés mejor.

—¡No digas tonterías! No necesito vivir en una mansión para ser feliz. Tenerme a mi lado y que tengamos una relación sana es lo que más me importa. Lo demás es accesorio, ya lo sabes.

—Me alegro de lo que dices, de verdad. Me lo pones muy fácil así. De todas formas espero que todo esto sea algo pasajero.

—¿De qué hablas? ¿De lo de vivir en Brasil? Vamos, no te preocupes —lo tranquilizó Marina—. Tienes muchos prejuicios. Quizás, al final, nos encante este país tan diverso.

—Cariño, para sobrevivir posiblemente tendremos que hacer trabajos nada agradables —le advirtió Tony—. Ya te avisé de ello. Ésta no es la vida que te mereces ni la que te quiero dar. Estoy seguro de que soy capaz de conseguir otra cosa para ti, amor.

Marina le agarró las manos y lo miró fijamente a los ojos. Se sentía fatal por todas las preocupaciones que atormentaban a Tony. Sólo deseaba tranquilizarlo, explicarle que todo estaba bien y que todo lo estaría, que no había ninguna queja por su parte. Pero, por más que le decía, él parecía angustiado por el mundo en el que estaban a punto de adentrarse, por todos los peligros que se avecinaban. Parecía poder predecirlos.

—Todo esto del viaje a Brasil ha sido muy repentino —dijo Marina—, pero hay unas cuantas cosas de las que me gustaría hablar antes.

—¡Espero que no te estés arrepintiéndote ya!

—No, por Dios —rio junto a él—. ¿A dónde vamos exactamente?

—A Santa Francisca. Se trata de una ciudad no demasiado grande, de unos trescientos mil habitantes, situada en el estado de Mato Grosso, que hace frontera con Bolivia.

—¡Oh, joder! Eso es el interior del país, ¿no?

—Sí. Lo siento, sé lo mucho que amas el mar... aunque hay grandes pantanos y caudalosos ríos, por si te sirve —Marina resopló visiblemente asqueada.

—Señores —la azafata interrumpió amablemente a la pareja desde el fondo del pasillo—. Justo ahora estamos pasando por Macapá.

Ambos miraron por la ventanilla y descubrieron una urbe de gran tamaño pegada al Amazonas pero que, desde las alturas, parecía casi una ciudad de juguete.

—Increíble... Brasil en estado puro —dijo Tony embobado con el paisaje.

—Retomando el tema de antes, cariño... —Marina lo arrancó de su ensimismamiento.

—Dime.

—Comprendo que hemos huido de España porque nos persigue la justicia y en un país no europeo estaremos más seguros. Vale, de acuerdo. Hasta aquí, todo genial. Pero lo que no logro comprender es, con todo el dinero que tienes, por qué no empezamos de nuevo. Es decir, alejados del crimen. Podemos montar un pequeño negocio, humilde. No haría falta contratar a nadie. Entre los dos despacharíamos a la clientela...

Tony acababa de comprender, por primera vez, la desesperación de Marina. Hasta entonces, su novia se había mostrado positiva al afrontar este viaje en el que se acababan de embarcar, pero era ahora cuando comenzaba a dar los primeros signos de arrepentimiento o, como mínimo, de querer hacer las cosas de otra manera a como él las tenía planeadas.

—Querida mía, soy consciente de que odias todo lo que rezuma a delincuencia, pero...

—El crimen es lo que nos ha obligado a huir —lo interrumpió—. ¿De verdad vamos a salir de un problema para meternos en otro? Vamos, Tony, no quiero acabar en una cárcel brasileña. He

visto reportajes, joder.

—A mí también me encantaría tener una vida normal contigo, pero...

—¿Y qué nos lo impide!? —volvió a cortarlo.

—¡Escúchame! —le elevó el tono, ya comenzando a cansarse—. Para hacer lo que dices nos hace falta dinero, y nosotros no tenemos.

—¿Cómo que no tenemos...?

—Sólo disponemos de cinco mil euros en reales brasileños —le susurró al oído para que la azafata no escuchara nada y apretó con su mano un abultado bolsillo de su chaqueta, indicándole dónde estaba el dinero—. Cogí lo poco que había en casa y saqué lo máximo que el banco me permitió.

—Pero podemos ir sacando dinero poco a poco, ¿verdad?

—¿Crees que para dentro de un par de horas no nos habrán bloqueado todas las cuentas? Ingenua...

—Oh, Dios...

El mundo parecía venírsele abajo a Marina. El único as del que creía que disponían, el dinero, le había fallado. Se sentía como los inmigrantes vulnerables que viajan con una mano delante y otra detrás, aunque sabía que no era exactamente su caso: seguían teniendo el apoyo de Ahmed, aunque él estuviese a miles de kilómetros de distancia. Ahora se arrepentía de no haberle agradecido con más ahínco el hecho de que les permitiese volar en su avión privado la última vez que se vieron, hacía no demasiadas horas.

—Bueno, con cinco mil euros podemos alquilar un buen apartamento durante unos cuantos meses y buscarnos un trabajo normal, ¿no, Tony?

—¿Y vivir en la precariedad absoluta, como millones de brasileños? No, querida, no es ésa la vida que deseo. Ríndete ya. Delinquir es lo único que sé hacer, amor mío. Y cinco mil euros, aunque estemos en Brasil, no da para tanto como crees. Además, nos hace falta la ayuda de nuestro contacto; ¿o acaso tú sabes hablar portugués?

Ah, sí, el contacto, pensó Marina. *Espero que no nos deje tirados.*

—Por cierto, ¿quién es el contacto? —preguntó curiosa.

—No tengo la más mínima idea —contestó Tony con total sinceridad—. Sólo sé que responde al nombre de Oliveira.

—¿Eso es un nombre o un apellido?

—Un apellido. Creo.

—Por cierto...

—¿Qué?

—Me gustaría hablar con Lucía —Tony quedó en silencio. Marina sabía que su novio era consciente de que no le gustaba ni un poco su amiga.

—Pues hazlo —dijo con sequedad.

—¿No te parece bien? —no quería molestarlo, pero tampoco cortar su relación con Lucía.

—A poder ser, me gustaría que no le dijeras en qué ciudad viviremos. Es más: cuanta menos información le des, mejor.

—No nos va a traicionar, Tony... —dijo algo cansada, como si estuviera harta de repetir lo mismo una y otra vez.

—No es que no me fie de ella, es por si a la policía le da por seguirnos el rastro e investiga su teléfono. Nunca se sabe. Por cierto, ¿le vas a contar...?

—¿El qué? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Que asesinaste a tu ex. ¿Qué va a ser? —dijo como si hablara de lo más evidente del mundo.

—¡Ah, ya! Claro, lo debo hacer. Tiene las llaves de mi casa y le dije que se pasara por allí para arreglar el piso y ponerlo en alquiler. Intentaré avisarla antes de que vaya, para que no se encuentre a la policía allí y no la inmiscuyan en ninguna investigación. ¿Crees que el tal Oliveira nos dará móviles?

—Supongo, nos hacen falta. No podemos ir por ahí sin teléfonos. Eso sí: si quieres ponerte en contacto con tu amiga, aunque ya sabes que no es una idea que me guste mucho, no la telefonees; mejor mándale un mensaje, no vaya a ser que le tengan intervenidas las llamadas.

—Para más seguridad —adivinó Marina.

—Para más seguridad —confirmó Tony, para quien toda precaución era poca.

Aparcaron la conversación. Ambos se sentían exhaustos por aquel interminable viaje. Llevaban en el avión demasiadas horas encerrados como para no fatigarse con el más mínimo esfuerzo, aunque fuese hablar.

—Oiga —Marina alzó la voz, dirigiéndose a la azafata.

—¿Sí? —Ésta se acercó hasta su asiento.

—¿Cuánto queda para llegar?

—Una hora, más o menos.

—Genial. Gracias.

Ya casi estaban en Santa Francisqua. Pronto comenzaría la incertidumbre, lo desconocido, el peligro. Pero al menos la pareja estaría junta, que es lo que importaba. Ambos cerraron los ojos y aprovecharon esos últimos minutos para dormir un poco más, deseando que el tiempo pasase rápido.

## 2

El avión aterrizó sin el menor inconveniente. La pareja bajó hasta la pista y, desde allí, fueron conducidos, por personal del aeropuerto, primero hasta la sala de embarque y después hasta la misma calle. La afluencia de personas era relativamente grande: mientras muchas de ellas accedían a la terminal aeroportuaria, cargadas con sus maletas y de esperanzas, otras muchas, tal y como Marina y Tony, llegaban a aquella región por primera vez para comenzar una nueva vida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marina, que miraba con ansias de subirse el único taxi libre en aquel lugar, temerosa de que alguien lo hiciera antes—. ¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos?

—La verdad es que no tengo ni idea. No me han dado ninguna indicación.

Marina le propuso subirse al taxi, opción que Tony rechazó de cuajo, y comenzaron a discutir durante cinco minutos por este motivo. «¿Pero a dónde cojones le vamos a decir que nos lleve, si prácticamente no sabemos dónde estamos?», le argumentaba a la chica.

Entonces, escucharon cómo alguien a lo lejos les llamaba:

—¡Eh!

La pareja dirigió la mirada hacia él. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, muy alto, vigoroso, con la piel extremadamente bronceada y posiblemente teñido de rubio. Se acercó hasta ellos.

—¿Tony Vance? —le preguntó, sosteniendo una foto en la que salía Tony sin camiseta en un yate.

—Sí, soy yo. ¿Quién te ha dado eso? —preguntó con recelo, refiriéndose a la fotografía.

—Oliveira. Eu pensei que você chegaria mais cedo (*pensé que llegaríais antes*)—comenzó a hablar en portugués como si alguno de los otros dos le entendiese.

—¿Qué? En español, por favor. Or English (*o inglés*) —dijo Marina.

El brasileño hizo un gesto con la mano, como restando importancia.

—Hablo poco español, ¿Ok? Me llamo Dom.

—Encantado —contestó secamente Tony. Su novia permaneció en silencio.

Dom les hizo una seña para que le siguieran. La pareja obedeció y fueron conducidos hasta un parking público, donde su anfitrión había dejado su vehículo. Era un todoterreno negro, lujoso en el pasado, ahora bastante usado y viejo.

—¿Vamos a subirnos con él, sin conocerlo de nada? —preguntó Marina, que estaba visiblemente intranquila.

—Bueno, él si nos conoce a nosotros. No va a pasar nada —la intentó tranquilizar.

—¿Este tipo es *el contacto*?

—No lo creo. Posiblemente sea el que nos presente al contacto...

Finalmente, ambos se subieron al coche, aunque no sin cierto desasosiego; Tony en el asiento del copiloto y Marina en la parte trasera. Dom condujo hasta la autovía y la recorrió durante diez minutos. Desde ahí se podía observar el *skyline* de Santa Francisca, una ciudad en la que los edificios modernos se entremezclaban caóticamente con los viejos y deteriorados; una ciudad cuya humilde belleza, quizás, radicaba en su pobreza y en la alegría intrínseca de sus conformistas habitantes.

Tomaron un ramal y llegaron hasta un polígono industrial. Era temprano, las ocho de la mañana. A esa hora, cualquier otra zona industrial en Europa estaría repleta de obreros que ya

habrían comenzado su jornada laboral, pero no era el caso de aquel lugar, que parecía un desierto transitado por no muchas personas. Numerosas fábricas y locales daban la impresión de estar cerrados desde hacía bastante tiempo. La ciudad estaba en decadencia.

Dom aparcó en una explanada de tierra junto a una fábrica de gran tamaño. Ahí había algunos otros coches también estacionados.

—Por aquí —dijo el brasileño, al tiempo que se bajaba del vehículo y se dirigía hacia el edificio, que, a primera vista, parecía totalmente abandonado.

—Vámonos, por favor —le susurró Marina a Tony, que caminaban algunos pasos detrás de Dom—. Nos va a asesinar.

—No, joder. No digas eso...

—Por casualidad no tendrás algún arma escondida, ¿no?

—No os hará falta —dijo Dom sin darse la vuelta y provocando el bochorno de la pareja. Tenía un maravilloso oído y lo había escuchado todo.

El brasileño llegó hasta una puerta trasera de la fábrica. La aporreó un par de veces, transcurrieron unos segundos y alguien les abrió por dentro. Entraron.

Se encontraron en una sala grande, austera, sólo iluminada por unas cuantas bombillas que colgaban de un alto techo. Un hombre, amordazado y atado a una silla, herido, sucio y sudoroso, estaba sentado en mitad de la habitación, rodeado por otros cuatro individuos y una mujer, todos ataviados con prendas oscuras. Parecían sacados de una película de vampiros contra hombres lobos.

Esta monstruosa escena impactó enormemente a Marina, que comenzó a titilar de terror. Tony presentía las emociones que experimentaba en ese momento su novia, pero no podía hacer nada para ayudarla. Él ya estaba acostumbrado a situaciones así, conque no se alarmó excesivamente, aunque sí permanecía alerta por lo que pudiera pasar. En cualquier caso, logró adivinar lo que estaba a punto de ocurrir.

La mujer se acercó hasta ellos con paso decidido. Las pisadas de sus tacones resonaban por toda la habitación. Vestía una gabardina negra y portaba unas grandes gafas de sol, pese a estar en un lugar cerrado. Su piel era morena y su cabello, negro y liso, caía hasta prácticamente el final de su espalda. Una *femme fatale* en toda regla.

—Buenos días —pronunciaron sus labios carnosos pintados de rojo, con un marcado acento brasileño, al tiempo que estrechaba la mano, primero la de Tony y después la de Marina—. Pensaba que llegaríais hacía horas. ¿Ha habido algún problema?

—Eh... nos retrasamos —balbuceó Tony—. Realizamos escala en Madrid para ocuparnos de algunos asuntos... —supuso que Ahmed no la advirtió de la parada que hicieron—. ¿Eres Oliveira?

—Sí, soy yo. Flavia Oliveira. Pero llamadme por mi apellido —la pareja había supuesto, erróneamente, que *el contacto* sería un hombre. A Tony no le hacía mucha gracia la idea de obedecer órdenes de una mujer. En este aspecto era, sin duda, un poco machista, pese a que él mismo se consideraba muy progresista—. Si no me equivoco, vosotros sois Tony y Marina. ¿Se ha portado Dom bien con vosotros?

Tony se fijó en Dom, a quien había perdido de vista desde hacía un rato. Ahora estaba junto con el resto de hombres escuchando atentamente la conversación. Era gigante. Posiblemente mediría cerca de dos metros. Además, tenía una cara ruda y un aspecto, en general, bastante primitivo y agresivo. Con esos brazos tan inflados y vigorosos, parecía ser capaz de matar a un elefante con sus propias manos.

—Sí, nos ha tratado bien —en realidad le había resultado bastante huraño y poco cordial, pero no veía demasiado apropiado decirlo delante de él.

—Me alegro. Yo soy la única aquí que habla español de forma fluida, y a Dom tampoco se le da mal. Respecto a los demás... —les lanzó una mirada—, aunque los veáis muy atentos, no están entendiendo nada. ¿Vosotros habláis portugués?

No —la pareja contestó al unísono.

—De acuerdo... bueno, cambiemos de tema y dejemos las cosas claras —adoptó un tono (todavía más) autoritario—. Ahmed me ha pedido encarecidamente que os ayude, y le debo varios favores desde hace tiempo. Lo voy a hacer: pero que quede claro que ése es, única y exclusivamente, el motivo por el que os voy a echar una mano.

De acuerdo. Nos queda claro que eres una zorra mala, pensó Marina, aunque por supuesto no se atrevió a decirlo.

—Mientras estéis aquí —Oliveira continuó hablando—, estaréis bajo mis órdenes, al igual que todos estos hombres —los señaló con el dedo y los nombró uno a uno—. Deberéis ayudar con los atracos y cualquier actividad de la banda. A cambio, tendréis a vuestra disposición un lugar donde dormir, comer y asearos, y cada vez que consigamos dinero, os entregaré una parte. Estos son vuestros derechos y deberes. ¿Estáis de acuerdo?

La pareja asintió con un escueto «sí». Marina tenía la sensación de que acababa de firmar un contrato con una secta o algo así.

—Pero antes deberéis demostrar vuestra valía. No quiero inútiles conmigo. Si sois un lastre, no hay trato.

Aquello parecía una entrevista de reclutamiento para un trabajo. ¿Acaso iban a tener que realizar una prueba? La situación parecía estar conduciendo a donde Tony temía.

—Este cerdo —dijo Oliveira aludiendo al hombre atado y amordazado— es un antiguo miembro de nuestra banda. Y digo antiguo porque nos ha traicionado. Veréis: el muy desagradecido nos ha robado el botín de numerosos atracos de joyerías que realizamos durante meses en Río de Janeiro, y creemos que se lo ha mandado a su familia, que no sabemos dónde está —lo miró un instante y el hermoso rostro de la mujer adoptó una expresión muy notable de desagrado—. Dom, mientras os esperaba anoche en el aeropuerto, lo pilló cuando se disponía a coger un vuelo. ¡Bendita coincidencia! Llevaba desaparecido días desde que descubrimos lo que hizo. Desconozco dónde se escondería, pero finalmente, cuando casi tocaba el éxito con sus dedos, no logró salirse con la suya —comenzó a reír maliciosamente—. Dom lo trajo inmediatamente a la fábrica, pero el muy cabrón no suelta prenda de dónde están las joyas. Y aquí es donde entráis vosotros. Quiero que le saquéis información. Por supuesto, torturadlo si es necesario. La vida de este Judas ya carece de valor para mí.

—De acuerdo —dijo Tony, acercándose al hombre muy decididamente. No era la primera vez que hacía algo así, conque no le temblaba el pulso—. ¿Empiezo ya?

—Sí.

Le quitó la mordaza y le arreó un guantazo con todas sus fuerzas.

—¡Habla!

El hombre se retorció de dolor con la mejilla izquierda inflamada por el golpe, pero no dijo nada.

—¿Cómo te llamas?

—Gabriel... —contestó con voz queda, casi sin fuerza en el alma.

—Déjame avisarte, Gabriel, de que no tendré ningún reparo en llegar contigo hasta el final si

no colaboras, conque creo que te conviene hacerlo —le advirtió, aun sin saber si comprendía algo de lo que decía.

Volvió a pegarle otro guantazo en el mismo lado de la cara, que había adoptado un tono rojo muy intenso, pero el hombre seguía sin soltar prenda.

—Eh, usa lo que quieras —le dijo Oliveira, indicándole una pequeña mesa metálica que había junto a Gabriel, con numerosos instrumentos que podían utilizarse para torturar.

Tony ojeó estos objetos durante un momento, analizándolos, y, tras un instante, se decantó por un martillo eléctrico. Lo puso a funcionar y el sonido metálico que emitía reverberaba por toda la sala. Los ojos de Gabriel se abrieron de tal forma que parecía que iban a salirse de la órbita. Temía lo que estaba a punto de suceder.

Oliveira le gritó algo al hombre que ninguno de nuestros dos protagonistas logró entender, aunque supusieron que lo estaba alentando a hablar. Éste permaneció callado, así que la mujer miró a Tony y asintió con la cabeza, dándole a entender que podía proceder.

Tony le agarró la mano a Gabriel, que la tenía atada al reposabrazos de la silla, y la volteó, dejando la palma bocarriba. Le horadó la carne con la punta de la perforadora, y la hundió tanto que casi le abría la piel también por el otro lado.

Aquel desgraciado aulló de dolor, y unas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos con la misma intensidad con que la sangre lo hacía de la nueva herida.

Marina se llevó las manos a la boca y soltó un grito ahogado. Aquella imagen tan desagradable la impresionó demasiado y comenzó a sentirse fatigada. ¿Dónde se había metido? ¿De verdad su libertad iba a pasar por la tortura de un hombre? Sentía asco de sí misma tan sólo por permanecer en ese lugar y no salir corriendo a denunciar lo que ocurría.

Respecto a Tony... parecía estar disfrutando lo que hacía. Era un perfecto verdugo al que no le temblaba en pulso. Marina, por supuesto, era consciente de que él ya había hecho cosas de este estilo en el pasado, pero no soportaba verlo en acción. Una arcada más poderosa que la que sintió en el avión estaba a punto de hacerla vomitar en mitad de aquella escena.

—¿Vas a hablar? —vociferó Tony una vez más.

A la vista de que no había respuesta dejó el martillo eléctrico donde estaba, y analizó de nuevo los macabros instrumentos que se le presentaban en la mesa. En esta ocasión escogió dos tenacillas eléctricas.

—Nunca he usado una de estas... —dijo Tony, provocando la sonrisa de Oliveira y el horror de Marina.

Arrancó de cuajo la sucia camiseta que llevaba Gabriel, y le presionó las tenacillas en los pezones. Las apretó y sus tetillas comenzaron a chamuscarse. De nuevo, aquel desgraciado gritó a los cielos con todas sus fuerzas y blasfemó como sólo alguien que se ve totalmente desamparado por Dios puede hacerlo.

Tras cinco segundos de tortura, Tony dejó las tenacillas en la mesa y comprobó que los pezones de Gabriel estaban negros y de ellos salía cierto humillo.

—¿Vas a hablar ya? —Tony insistió, pero sólo recibió como respuesta un escupitajo en toda la cara.

Se limpió el desagradable fluido de su rostro y, desatando toda su furia, agarró un destornillador y lo golpeó con él en la boca, reventándosela en el acto. Varios dientes salieron disparados y Gabriel comenzó a escupir una buena cantidad de sangre.

Marina, horrorizada de nuevo, se llevó las manos a los ojos para no tener que ver la cruenta función de la que estaba siendo espectadora, aún sin saber que, pobre de ella, pronto participaría

como sujeto activo.

Oliveira volvió a dirigirse a Gabriel. Éste le contestó, y mantuvieron una conversación durante un minuto. La mujer suspiró, como agotada por la férrea terquedad que no lograba derribar, y les tradujo lo hablado a Tony y Marina:

—Dice que prefiere morir antes que delatar a su familia, por lo que al menos ahora sabemos, con seguridad, que las joyas las tienen ellos. Le he prometido que, si coopera con nosotros, no habrá represalias ni para él, ni para su mujer ni para sus hijos; en caso contrario sí.

—¿Y nadie sabe nada sobre su familia? ¿Tienen una casa en la que investigar, o algo así...? —sugirió Tony.

—Sí —contestó Oliveira—, vivían aquí hasta hace tres días, en un apartamento que tiene Gabriel en el centro, pero huyeron con las joyas antes de que nos percatáramos de que las tenían. Cuando descubrimos lo que había ocurrido, hace dos días, fuimos hasta el piso de Gabriel para buscarlo, que también había desaparecido. Fue una visita rápida: nos fuimos al ver que no estaba en casa. No indagamos en busca de pistas porque no teníamos tiempo, aunque dudo que encontremos algo ahí.

—¿Él por qué no huyó con su familia?

—Según ha confesado hace un rato, porque tenía unos asuntos de los que ocuparse. Desconozco si será verdad o no, pero no me importa.

—Comprendo —dijo Tony—. Entonces... ¿debo ser contundente o tener cuidado de no acabar con él?

—Que no te preocupe su vida. Si la pierde, será porque ha querido. Gabriel no nos es imprescindible: encontraremos las joyas de otra forma si no quiere hablar. En cualquier caso, quiero que continúe la chica —ordenó Oliveira aludiendo a Marina, que quedó petrificada ante tal exigencia.

¿¡Qué!? ¿¡Continuar torturándolo YO!? No puedo hacerlo, joder. No, no. No soy capaz. Comenzó a temblar de miedo y de impotencia.

—Ella no hará nada —salió en su defensa Tony—. Yo soy el amigo de Ahmed. Yo soy al que tienes que proteger, y yo la protegeré a ella. No la inmiscuyas en todo esto, por favor.

—Ah, querido... —balbuceó con tono arrogante—. Ya te he comentado que ésta es mi jurisdicción; que, mientras estéis aquí, deberé ser obedecida. Me da igual que la muchacha jamás haya matado a una mosca. Hay un primer momento para todo.

—Esto es innecesario... —volvió a quejarse Tony.

—Pero esta es mi voluntad.

Tenía razón. Es una zorra mala. Está claro. Marina la odiaba por forzarla a hacer algo que sabía que le resultaría muy desagradable.

—Vamos —la apremió.

Marina sentía como si su inmaculada integridad estuviera a punto de ser mancillada para siempre. Entonces pensó en Diego, en cómo le clavó aquel cuchillo jamonero y acabó con su vida hacía tan sólo veinticuatro horas. *Lo hice en defensa propia, no tenía más remedio. No soy una criminal, ¡no soy una criminal...! Pero ahora... ¿tengo otra opción? ¿Qué me pasaría si me niego...?* Marina tenía un conflicto interno y no sabía cómo actuar. Le aterraba el hecho de haber arrebatado una vida y ahora torturar a un hombre que no le había hecho nada. Pero no tenía la valentía suficiente para plantarle cara a Oliveira e irse de aquella fábrica para siempre. Ésa no era la opción fácil, y las personas siempre tendemos a rechazar lo difícil, aunque sepamos que es lo correcto. Obedeció.

Se acercó hasta la mesa y comenzó a inspeccionar torpemente los instrumentos. Muchos de ellos desconocía siquiera para qué se usaban.

—Tumbalo en el suelo —le dijo Tony, a quien se le había ocurrido una tortura que no implicaría derramamiento de sangre y, por tanto, a su novia le costaría menos ejecutar.

Marina le hizo caso y tumbó la silla, dejando la espalda y la cabeza del hombre de forma paralela al suelo.

—Tápale el rostro con un trapo —continuó dirigiéndola.

Marina ojeó la habitación y localizó uno tirado en el suelo, en una esquina. Lo cogió, no sin cierto asco por lo húmedo, sucio y maloliente que estaba. Sólo Dios sabe para qué lo habrían usado. Le tapó a Gabriel la cara con él.

—¿Eso de ahí es agua? —le preguntó Tony a Oliveira, señalándole un pequeño bidón en uno de los extremos de la sala. Ella asintió—. Marina, cógelo... muy bien. Lo que estás a punto de hacer se llama ahogamiento simulado. Y es una putada. Ahora vierte el agua en su rostro.

—¿Con el trapo encima de la cara?

—Con el trapo encima de la cara.

Marina obedeció. Le costó desenroscar el tapón del bidón. Finalmente cedió y, temblorosa y con la conciencia sucia, dejó caer una pequeña catarata sobre su rostro.

El hombre se agitaba a la vez que el agua caía sobre él y percibía la falsa sensación de estar ahogándose. Indefenso, intentaba romper los nudos que lo tenían atado con su propia fuerza, pero no lo logró. Por momentos creía estar en el fondo del mar, atado a una enorme roca y quedándose sin oxígeno.

Poco antes de que el bidón se quedara sin agua, Gabriel dejó de agitarse súbitamente. Marina se apresuró en apartarle el trapo mojado de la cara, pero su cuerpo seguía inerte.

—Está muerto —susurró titilando y horrorizada.

—No, no lo está —repuso Tony—. Se ha desmayado.

—¿Qué hago...? —miró a su novio en busca de ayuda. Estaba petrificada y no sabía cómo actuar. Siempre le ocurría lo mismo en situaciones difíciles: se volvía una niña inútil.

—¡Reánimalo, vamos! —le gritó Oliveira.

Marina se arrodilló junto al cuerpo de Gabriel y lo abofeteó tímidamente. Se sintió ridícula, como si no fuera capaz de sacar fuerzas de sí misma en ese momento. Repitió la operación, pero esta vez con más fuerza. El hombre abrió los ojos y comenzó a toser sin control.

Marina respiró aliviada y puso la silla de pie.

Oliveira volvió a mantener una breve conversación con el interrogado. Al finalizar, se limitó a decir, mirando a Marina: «se niega a hablar. Continúa».

El mayor deseo de nuestra protagonista en ese momento era que Gabriel confesara de una vez y por todas lo que Oliveira deseaba escuchar, y así ella quedar libre de tener que continuar torturándolo. Afortunadamente para Marina, Tony intervino en su auxilio:

—Deja que siga yo, Oliveira. Te aseguro que o cantará o morirá.

—De acuerdo —contestó Flavia—. Es todo tuyo.

Marina se retiró aliviada. No es que le hiciera gracia ver a su novio maltratando a un hombre, pero menos le gustaba la idea de hacerlo ella misma.

Los procedimientos que a continuación Tony efectuó fueron absolutamente brutales: parecía un autómatas que actuaba con frialdad, determinación y sin el más mínimo ápice de misericordia. Primero cogió un pequeño destornillador, y con la mano que tenía libre le abrió la boca a Gabriel, dejando al descubierto una dentadura sucia, con sarro y amarilla, pero con todas sus piezas

intactas. A continuación, con ese mismo destornillador, agarró con fiereza una de sus muelas y comenzó a tirar hacia afuera con todas sus fuerzas.

Un terrible dolor se apoderó de la víctima, al que le parecía estar sufriendo un calvario digno del más profundo de los infiernos. Goterones de sudor caían de su cabellera sin control, y gritó, gritó con una intensidad como la que posiblemente nunca antes nadie hubiese gritado en Santa Francisca.

Tony le arrancó la muela y produjo un borboteo de sangre en la boca de Gabriel; no tardó en repetir la misma operación con otro diente, sin darle siquiera al desgraciado la oportunidad de hablar.

—¡Habla ya, joder! —le gritó al terminar. ¿Es que no pensaba rendirse nunca?—. Todo lo desleal que has sido con tu banda, lo eres de leal con tu familia...

—Tony, ¿por qué no usas eso? —le sugirió Oliveira, señalándole una motosierra eléctrica.

Tony la cogió y Marina se horrorizó, imaginando lo que estaba a punto de suceder.

La puso a funcionar y un estruendoso sonido metálico les taladró los tímpanos.

—Habla ya, por favor —le pidió Tony una última vez, intuyendo que el fin estaba cerca. No quería hacerlo, no quería asesinar a nadie y menos delante de Marina, pero si no hablaba no le quedaría otra opción. Debía obedecer a Oliveira por su propio bien.

Pero Gabriel permanecía callado, titilando del miedo y del dolor, con los labios sellados. Así pues y sin más preámbulos, Tony le cercioró de una tajada la mano izquierda, que cayó disparada al suelo y encharcada en sangre. De nuevo, otro grito de suplicio.

—Para... —suplicó el pobre desgraciado, que ahora lloraba como un niño con la cabeza caída hacia un lado. Parecía que ya apenas le quedaban fuerzas para continuar aguantando ese martirio.

—¡Pues habla!

Gabriel alzó lentamente la cabeza, haciendo un gran acopio de energía para lo débil que estaba. Miró a los ojos a Tony, que vio en su mirada a la misma parca. Se salivó la boca y le escupió, de nuevo, un denso gargajo en el rostro. «Filho da puta (*hijo de puta*)», le dijo, y volvió a dejar caer la cabeza, satisfecho, con una última sonrisa en el rostro.

Ésa había sido su sentencia final. No había vuelta atrás. Oliveira enloqueció, chilló e instó a Tony a que acabara con el traidor.

Obedeció, le situó la motosierra en el vientre y presionó hacia dentro, desgarrándole primero la carne abdominal, órganos, huesos y llegándole a perforar incluso la espalda.

Apagó la motosierra y la dejó caer al suelo. El silencio trajo algo de paz. Toda la habitación estaba pintada de sangre. Marina sollozaba en el más absoluto silencio.

### 3

—Aquí es donde dormiréis —dijo Oliveira mientras entraba en una pequeña habitación sin más que una cama grande, un armario de metal y una bombilla que colgaba del techo.

—Bueno, servirá —no quería ser descortés, pero a Tony no le agradaba nada aquel lugar que sólo invitaba a estar alerta para que ninguna rata se te cagara encima.

Tras el interrogatorio, nadie dijo nada ni hizo nada con el cuerpo de Gabriel. Simplemente lo dejaron ahí, donde estaba, y cada cual se fue por su lado a ocuparse de sus asuntos, excepto Flavia, que les explicó algunas cosas: efectivamente eran una banda criminal, se organizaban más o menos bien y ella era la jefa. Habían ocupado hacía ya cinco años la vieja fábrica de zapatos en la que se encontraban, y le habían realizado algunos arreglos para convertirla en un hogar común para todos ellos, o al menos en un centro de operaciones.

Habían tenido problemas con la policía local, especialmente al principio de la ocupación, pero, tal y como Oliveira le explicó a la pareja, «no hay complicidad que no se compre con dinero, sexo o ambas cosas», por lo que vivían relativamente tranquilos desde hacía tiempo.

En la planta principal estaban situadas las zonas comunes: una pequeña y austera sala que utilizaban para interrogatorios (que el lector ya conoce); un comedor con una gran mesa central; una amplia cocina industrial a la que se podía acudir a por algo de comida cuando se quisiese; una lavandería; y dos baños, uno de ellos con los inodoros inutilizables. En la planta superior estaban situados los dormitorios.

Aunque en el exterior daba la impresión de que la fábrica estaba abandonada, su interior no es que mejorase mucho: la austeridad general, la falta de muebles y de decoración y aquellas paredes y suelos de metal, conferían al lugar un aspecto frío, impersonal e industrial. Pero al menos era habitable, y eso era lo importante.

—Mientras estéis aquí, deberéis colaborar con la banda y ayudarme en todo lo que os pida —les advirtió Flavia otra vez, resultando ya muy cansina.

—Descuida, Oliveira —suspiró Tony—. No te daremos ningún problema.

—Recordad que hago esto por Ahmed. Si no, no os aceptaría aquí.

Era la segunda vez que hacía ese comentario, y cada vez que lo escuchaba a Marina le hervía la sangre. Parecía que Flavia tenía la imperante necesidad de hacerles ver que era alguien inaccesible. ¿Es que acaso se sentía superior así? Tanto ella como Tony estaban seguros de que esa actitud debía de ser una muestra de baja autoestima.

—Tomad —dijo Oliveira, entregándoles dos móviles que sacó de un bolso—. Tengo entendido que los vuestros los perdisteis, ¿no?

—Antes de abandonar España nos deshicimos de ellos para que no nos rastrearan. Gracias —contestó Tony aceptándolos y entregándole el suyo a Marina.

—Tienen números brasileños. Tenéis ya guardado mi contacto, por si os hace falta. Ahora quiero pedirlos algo.

—¿Sí?

—Necesito que averigüéis dónde está la familia de Gabriel y, sobre todo, las joyas.

—¿Pero estás segura de que es la familia la que las tiene? ¿Y si están escondidas todavía en la ciudad? —sugirió Tony.

—Es posible que sigan aquí, pero creo que improbable. Lo que creo es que la familia ha huido

con ellas. Teníamos la certeza desde el principio, y durante el mismo interrogatorio él prácticamente nos lo ha confirmado. Sí, sé lo que estás pensando: quizás lo dijo para confundirnos. Pero sinceramente no lo creo.

—De acuerdo. ¿Y por dónde empezamos?

—Aquí tenéis toda la información que hemos sido capaces de recopilar sobre Gabriel —le entregó un informe con información sobre él y su entorno, y que contenía una imagen del rostro del individuo en la esquina.

Tony leyó el informe en voz alta:

*Nombre: Gabriel Alves. Segundo apellido desconocido.*

Edad: 37 años.

Originario de: Água Boa.

Estado civil: prometido.

Nombre de la pareja: Luciana. Apellidos desconocidos.

Edad: treinta y muchos.

Edad: treinta y muchos.

Aspecto de la pareja: tez muy blanca. Cabello marrón y rizado. 1'7 metros de altura.

Hijos: dos. Una niña y un niño.

*Edades: Trece y siete años, respectivamente.*

Domicilio: Santa Francisqua. Calle Harry Hadlick. Nº 5, 1ª planta.

—Bueno, algo es algo —dijo al terminar de leer, un poco decepcionado.

—Sé que es muy poca información, pero llevaba tan sólo tres meses con nosotros. Apenas lo conocíamos. A su mujer sólo la he visto en una ocasión.

—«Calle Harry Hadlick. Nº 5, 1ª planta» —volvió a leer—. Entiendo que no dormía aquí, en la fábrica.

—Sí, sí que lo hacía. Es más, ésta era su habitación —Marina, que permanecía callada y atenta en todo momento, sintió cierta grima por tener que dormir en las mismas sábanas que Gabriel—. Pero su familia vivía en un piso. Solía ir a estar un rato con ellos cada dos días.

—¿Qué vais a hacer con su cuerpo?

—No lo sé. Lo lanzaremos al río, o ya veré.

—¿No es peligroso?

—Bah, esto no es España —contestó Oliveira quitándole hierro al asunto—. Muchos cuerpos acaban en el agua y no pasa absolutamente nada —sacó de su bolso dos pistolas y algo de munición que dejó, a modo de regalo, encima de la cama—. Por si os hace falta.

—Genial. Supongo que lo primero que deberíamos hacer es rastrear su apartamento, ¿verdad?

—Exacto. Quizás encontréis alguna pista, aunque tengo mis dudas. No es que Gabriel fuera muy inteligente, pero al menos no era tan tonto como para ir dejando ningún rastro que lo delate.

—Perfecto.

Oliveira se dispuso a marcharse de la habitación sin mediar palabra alguna más, pero justo cuando se iba se volvió, como recordando algo importante:

—Supongo que necesitaréis ropa y algún producto de higiene... no habéis traído maletas, ¿verdad?

—Hemos venido con las manos vacías —apuntó Tony.

—Mandaré a Dom a que os recoja algo... bueno, adiós.

Finalmente, Oliveira abandonó la habitación y cerró la puerta, dejando en la intimidad más absoluta a la pareja.

— Qué ganas tenía de que se fuera... —habló por fin Marina, que había permanecido callada todo este tiempo, y se abrazó a *su hombre*.

—Lo sé, ha sido horrible.

—Tony, antes lo pasé fatal torturando al hombre y viéndote a ti hacerlo... yo... yo... no sé si voy a tener fuerzas para cargar con esto en mi conciencia... es de locos —algunas lágrimas brotaron de sus ojos, y su novio se apresuró en limpiarlas con la mano.

—Durante todo el interrogatorio supe lo que estabas pensando y lo mal que lo pasabas... sé que ha sido un momento duro para ti y que antes jamás habías vivido algo así.

—Jamás...

—No te culpes por ello. No nos quedaba otra opción —la intentó consolar.

—Sí, Tony, sí. Sí nos quedaba otra opción. Deberíamos haber huido. ¿Quizás nos hubieran pegado un tiro por abandonarles? Pues muy bien. Cualquier cosa es mejor que ser partícipe de un acto tan repugnante... —sollozó con más intensidad, debatiéndose en un conflicto interno consigo misma.

—Amor mío, no estoy de acuerdo con eso. Estamos en un lugar peligroso rodeados de gente peligrosa. Debes cambiar el chip: desgraciadamente, la vida real no es tan fácil como en las películas. A veces, en demasiadas ocasiones, o matas o te matan, y no hay más remedio. Gabriel

hubiera muerto con o sin nuestra ayuda. No hubiéramos cambiado nada.

Marina se quedó un rato en silencio reflexionando las palabras de Tony, cuyo razonamiento no alcanzaba a convencerla del todo. Cuando su ánimo ya estaba algo mejor, le preguntó:

—¿Qué te parece este lugar?

—No es lo que pensaba... —contestó decepcionado.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Son unos criminales de poca monta... no tienen nada que ver con todo lo que teníamos montado Ahmed y yo en Marbella. Oliveira es la única que parece inteligente aquí. ¿Pero has visto a los demás? Son chimpancés. Mucho músculo y poca materia gris.

—Lo que Ahmed y tú teníais en la Costa del Sol era más glamuroso, sin duda.

—Sí. Creía que Oliveira viviría en una gran mansión, o algo así, y que nos hospedaríamos con ella. Fíjate qué desilusión cuando he visto todo esto...

—Entonces... ¿qué haremos? ¿Nos iremos de aquí? —preguntó esperanzada Marina, que deseaba salir de aquel agujero de ratas y malvados cuanto antes.

—Por ahora es imposible. No tenemos a dónde ir y no hablamos portugués. Aquí, al menos, estaremos protegidos... por cierto —dijo tras meditar un momento—, déjame comprobar algo.

Tony cogió su teléfono móvil y se conectó a Internet. Hizo algunas comprobaciones y ratificó lo que intuía:

—Me han bloqueado todas las cuentas bancarias.

—¡No me digas eso...!

Marina hizo lo propio y el resultado fue idéntico: su cuenta también estaba inoperativa.

—Sólo tenemos los cinco mil euros que has traído... —dijo Marina apesadumbrada, que cada vez veía más lejano su sueño de formar un proyecto de vida normal con su novio.

—No te preocupes, cariño. Saldremos de ésta. Además, estoy pensando en algo...

—¿En qué? —preguntó curiosa.

—Pues... —recluyó, entendiendo que todavía era muy pronto para compartir su plan—, debo pensarlo mejor. Creo que no es conveniente tratarlo por ahora.

—¿De verdad me vas a dejar ahora con la intriga estando en la situación en la que estamos? —sonaba enfadada.

—Hazme caso, por favor. Me he excedido. No es el momento todavía.

—Está bien —Marina no tenía ganas de insistir más.

La joven, desde que Oliveira les había entregado los móviles, no había dejado de pensar en contactar con su amiga Lucía. Aún recordaba esos últimos instantes con ella, en su casa.

Se había marchado de España sin tener tiempo para contarle lo ocurrido con Diego: cómo le había pegado, cómo había intentado violarla y cómo ella se había visto forzada a hundir en su pecho aquel cuchillo jamonero. Tenía la necesidad de hacerlo, de desahogarse con su buena amistad. Pero probablemente ella ya se habría enterado de todo.

Habían transcurrido unas veinticuatro horas desde aquel hecho. La policía habría entrado a la fuerza en el piso, habrían hallado el cuerpo inerte de Diego y habrían dado la alarma. Los periodistas locales, por supuesto, se habrían hecho eco de la noticia.

‘Mujer asesina a su pareja y se da a la fuga’, pensó que podría ser uno de los posibles titulares. Si se hubiese quedado en España, podría haber alegado que lo hizo en defensa propia. Quizás la hubiesen indultado, ¿quién sabe?

Pero no se quedó, y, pese a todo, cuando escapó a Brasil su principal motivación no era huir de la justicia española, sino acompañar a *su hombre*. Lo miró de soslayo y se esfumó todo el

enfado que sentía. Lo quería demasiado. El amor entre ambos estaba llegando muy lejos. Estaban viviendo muchas emociones y algunas muy fuertes. Ya no había marcha atrás. Él era su media naranja; estaba segura de ello.

Entonces pensó nuevamente en Lucía. Se sabía su número de teléfono de memoria, pero Tony ya le había advertido que llamarla sería muy peligroso. Así pues, también se conectó a Internet e ingresó en su correo electrónico para comprobar si tenía algún mensaje de su amiga.

Y, efectivamente, así era. Tenía uno de la noche anterior. Lo leyó:

## EMAIL I: LUCÍA A MARINA

2 de Julio de 2019:

¡¡¡Marina!!! ¿Estás bien? Joder, espero que sí. Me he enterado de lo que ha pasado... bueno, yo y media ciudad. Ha sido un escándalo. Vino la policía a interrogarme. Me preguntaron un montón de cosas sobre ti sin decirme antes que, supuestamente, habías asesinado a Diego. ¿Lo has hecho de verdad...? No sé si creérmelo.

Yo no les he contado nada comprometedor. No les he dicho que te ibas a Brasil (por cierto, ¿llegaste a marcharte?). Pero sí les he hablado de lo controlador y agresivo que era Diego, y de que no te dejaba en paz. Les dije que, si de verdad has sido tú quien lo ha matado, lo hiciste en defensa propia. No concibo otro motivo posible. Tú no eres una asesina, amiga mía. Lo sé. Pero ellos no sé si me han creído o no...

Tu móvil lo encontraron en una papelería. ¿Lo arrojaste ahí? Espero que sea así y que no haya nadie detrás de todo esto. Ojalá estés bien. También espero que tu novio esté siendo bueno contigo.

Esto es demasiado. Esto es demasiado fuerte. Desde que conocimos a Tony supe que nos traería problemas. Te lo dije. Te avisé. No me quisiste escuchar. Sé que no te gusta que te lo repita tanto, pero es mi deber como amiga. Si aún estás a tiempo, por favor, aléjate de él.

Estoy muy preocupada. Vuelvo a repetir que espero que estés bien. Escíbeme, por favor. Cuéntame todo. Y no temas, que ya sabes que no diré nada a nadie. Además, recuerda que, si hay algo en lo que pueda ayudarte, estaré siempre ENCANTADA de hacerlo.

No paro de llorar. Contéstame, por favor.

Adiós.

Cuando Marina terminó de leer, unas lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron hasta el suelo metálico de la fábrica. Había leído el mensaje en voz alta para Tony, y éste se apresuró a abrazar tiernamente a su novia. Intuía todo lo que le podía doler que pensarán que era una asesina, pero en ese momento no podía hacer nada para animarla más allá que tratarla con cariño.

—Es horrible... —lloraba como una magdalena.

—Lo sé. Sé lo que estás pensando, amor. Pero Lucía está defendiendo tu honor. De todas formas, ¿qué importa ya? Este país es nuestro nuevo hogar.

—Pues no me gusta... —exhaló un largo suspiro—. ¿Puedo contestarle?

—Ay... haz lo que quieras. Ya sabes que no me parece seguro, pero si quieres... soy tu novio, no tu dueño —la besó en la mejilla.

—Eres tan bueno conmigo... —lo miró a los ojos y vio su propia silueta reflejada en ellos.

—No creo que sea nada excepcional, cariño. Más bien pienso que todavía estás acostumbrada a lo mal que te trataba Diego y a cómo te controlaba, y por eso cualquier otra cosa te parece tan maravillosa.

—Pues puede ser.

Marina sujetó el móvil con firmeza, flexionó los pulgares preparándolos para el trabajo que les deparaba a continuación, y comenzó a redactar el mensaje de respuesta para su amiga:

## EMAIL II: MARINA A LUCÍA

3 de Julio de 2019:

Lucía, cariño, no estés angustiada por mí: estoy sana y salva.

Imaginaba que todo sería un caos cuando me fuera. Efectivamente, yo maté a Diego. Pero me conoces. Sabes que, de no haberme visto forzada a hacerlo, no lo hubiese hecho. Se trataba de él o de mí, Lucía. ¿Recuerdas cuando me marché a mi piso a por el pasaporte? Estaba ahí, esperándome. Desde hacía días, por lo visto. Alcoholizado y drogado. Fue muy desagradable. Me agredió y me intentó violar. Y posiblemente hubiera acabado intentando matarme. Me escondí en la cocina y vi el cuchillo jamonero. No me lo pensé dos veces.

No es que me duela especialmente haber acabado con la vida de Diego, ya que no le guardaba ningún aprecio; más bien, todo lo contrario. Me duele haberle arrebatado la vida a alguien, en general. Sólo han pasado veinticuatro horas y todavía tiemblo al recordarlo. Por momentos logro olvidarme de todo esto, pero acaba regresando a mi mente.

Gracias por defenderme ante la policía, amiga mía. Gracias por haber confiado ciegamente en mí antes incluso de escuchar mi versión. Pero ya no podré volver a España. Ante la mirada de todo el mundo soy una criminal, como Tony. Ahora ambos somos calaña.

Sí, finalmente hemos venido a Brasil, y hemos llegado bien. Antes de tomar rumbo al continente americano hicimos una parada en Madrid para... bueno, es algo muy emotivo e importante para mí, así que te lo contaré en otra ocasión, a poder ser en persona o, al menos, por llamada telefónica. Por ahora, lo que he visto en este país ha sido... decepcionante. Mucha pobreza y delincuencia, aunque eso ya lo sabía a priori. En fin, seguro que hay personas maravillosas que pronto conoceré. También me muero de ganas por ver los paisajes naturales tan bonitos que salen en los reportajes de la tele.

Nos ha acogido una conocida de Ahmed. Flavia Oliveira se llama. Sólo el nombre es de mala. Ella es peor. Tiene una mala leche... es súper autoritaria. Hace un rato nos obligó a hacer una cosa horrible... prefiero no entrar en detalles. Estamos viviendo con ella y con su banda en una antigua fábrica de zapatos, ¿te lo puedes creer? Yo quería tener una vida tranquila con Tony, empezar desde cero, con un negocio normal, humilde... pero nada. Volvemos a las andadas. Sólo llevamos unas pocas horas aquí y ya somos criminales.

La tal Flavia esta nos ha dado móviles nuevos, pero no quiero nada de llamadas ni de SMS; ya sabes que el correo electrónico es más seguro, conque mantendremos el contacto por aquí. Cuando leas este mensaje bórralo, por favor.

Por lo demás, Tony se porta muy bien conmigo. No lo temas. Es buena persona.

Respecto a qué puedes hacer para ayudarme... nada. Simplemente no digas dónde estoy ni que has hablado conmigo. ¿Recuerdas que te pedí que pusieras mi piso en alquiler y que me mandases el dinero? No es necesario. Me han bloqueado las cuentas. Además, aunque lo intentases, la policía supongo que no te dejaría.

Seguiremos en contacto, amiga mía.

Te quiero.

Marina tecleó las últimas letras y se dejó caer en la cama, agotada, como si acabase de hacer un enorme esfuerzo mental.

—Ya está, ya lo has hecho. Ahora Lucía estará más tranquila —dijo Tony, que se tumbó a su lado.

—Estamos viviendo una locura. Todo se nos está yendo de las manos... —exhaló un largo suspiro. Se la veía agotada, casi sin fuerzas para continuar. Ésa no era la Marina de la que Tony se había enamorado desde el primer momento en que la vio.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —le reprochó—. Estamos genial: tú me tienes a mí y yo te tengo a ti. Tenemos todo lo que nos hace falta para ser felices. ¿Qué más quieres? —ella sonrió como una tonta. Parece que las palabras melosas de Tony comenzaban a hacer efecto. Él siempre sabía cómo animarla.

—Estamos haciendo cosas muy malas. Tú estás acostumbrado, pero yo no. Por Dios, hace tan sólo unos minutos hemos torturado a un hombre hasta la muerte. ¿Cómo voy a poder vivir tranquila así?

—Era un ladrón —la besó con ternura en los labios, y comenzó a pasarle la lengua por la oreja—. ¿Cómo vivirás tranquila? Muy fácil: adaptándote. Simplemente intenta no pensar en los momentos malos, y céntrate y disfruta de estos otros que tanto te agradan... —le bajó el cuello de la blusa para besárselo y descubrió las marcas que le hizo Diego intentando estrangularla, pero no hizo ningún comentario para no estropear la sintonía del momento.

Marina cayó en sus redes. Aquellos besos, aquellas caricias de Tony eran su aliciente para vivir. Su gasolina. Hacía ya mucho tiempo que no tenían sexo, y la situación no podía continuar así. Ambos se encendieron. Se arrancaron la ropa y se devoraron mutuamente. El miedo a que Oliveira o cualquier otra persona entrara sin avisar en la habitación suponía más morbo aún. Eran jóvenes, eran guapos y eran fogosos. Aquellos momentos no eran sino el culmen del placer.

## 4

—Estoy nerviosa. Estoy muy nerviosa —dijo Marina mientras le daba un sorbo a su bebida—. Hey, este café está buenísimo.

—Claro, mujer. Estamos en Brasil. ¿Qué te esperabas?

La pareja se había metido en una cafetería de la calle Harry Hadlick. Estaban sentados en una pequeña mesita pegada a una amplia cristalera desde la cual se podía observar el bloque número cinco. Es más, desde ahí podían ver las dos ventanas correspondientes a la vivienda de la primera planta; la de Gabriel Alves y su pareja Luciana.

—No me cambies de tema —replicó molesta de no recibir la atención que quería—. Tengo miedo, ¿no lo comprendes?

—No debes temer a nada ni a nadie. No nos pasará nada. Entraremos, inspeccionaremos el apartamento en busca de alguna pista y nos largaremos. Rápido, fácil y sencillo. Además, llevamos pistolas —lo dijo como si por llevar armas no hubiese ningún peligro al que no pudieran hacer frente.

—Oh, joder. Espero que no nos haga falta utilizarlas. Jamás he empuñado un arma y seguro que no acertaría ni un disparo. Sabes que soy una patosa, ¿no? —rio tímidamente. Ahora parecía algo más calmada.

—Tranquila —Tony le acarició la mano, sonriéndole—. No te pongas en lo peor, ¿de acuerdo? No hay motivo alguno para que nos pase nada malo. Por cierto...

—¿Sí?

—¿Recuerdas que esta mañana estuve a punto de comentarte algo y finalmente no lo hice? —adoptó un tono enigmático.

—Ah, sí, eso que no era todavía el momento de tratar —dijo con sorna—. ¿Ya es el momento?

—Sí, a ver... tu sueño es que empecemos de cero, ¿verdad? Que montemos algún pequeño negocio, sin líos con la justicia, viviendo tranquilos...

—Oh, eso me encantaría —susurró con cierta melancolía, como si estuviesen fantaseando con una utopía.

—Sé cómo hacerlo —dijo muy serio, captando toda la atención de Marina—. Vamos a conseguir las joyas que Gabriel ha robado a Oliveira y nos las vamos a quedar.

—¡No, no, no, ni hablar! —se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación—. Otra vez no, te lo suplico.

—¿De qué hablas?

—Quieres que le robemos a Oliveira. No, Tony. No es buena idea. Por poco nos matan en Marbella los de aquella banda rival a la tuya, ¿lo recuerdas? Me involucraste en dos tiroteos. ¡En dos! No quiero que tengamos más problemas con la mafia...

—Vamos, cariño, no pasará nada —volvió a quitarle hierro al asunto.

—¿Cuántas veces más vas a decir eso? Sí que pasa, Tony, sí que pasa. Estamos en una mierda de ciudad en Brasil porque pasan cosas —elevó de forma excesiva el tono, furiosa, y todo el mundo en la cafetería la miró de reojo. Era una situación extraña porque Marina no solía perder los papeles.

—Relájate —le exigió Tony haciendo un gesto con la mano para que bajara los humos.

—No me des órdenes. No soy tu esclava.

Parecía que Marina había estado acumulando mucha rabia últimamente y la había dejado salir ahora. Estaba muy susceptible y así era imposible mantener una conversación con ella.

—Voy al baño —dijo Tony pausadamente, y se fue para que su novia tuviera algo de tiempo para reflexionar y calmarse.

Al cabo de dos minutos volvió y se sentó, de nuevo, junto a ella. Por su expresión, parecía que ahora estaba más calmada.

—Cariño, sé que en las últimas horas han estado ocurriendo muchas cosas difíciles. Sé que todo sucede muy rápido, casi sin que tengamos tiempo para asimilar nuestros sentimientos. Soy consciente de que esto no es para nada fácil. Pero sabes que estoy aquí para ayudarte, al igual que tú estás aquí para ayudarme a mí. Exprésate, Marina. Creo que es bueno sacar la mierda, porque si no, explotas.

En ese momento Tony le pareció un hombre muy sabio. Hablaba de forma muy sosegada y parecía tener la verdad absoluta en su boca. Tanto es así que acababa de lograr hacer entrar en razón a una fiera.

—Tienes razón —concluyó la joven—. Tienes razón, lo siento.

—No tienes que disculparte.

—Sí; no puedo saltar a la mínima. Cuando decidí emprender este viaje contigo sabía muy bien a qué me tendría que atener. No puedo culparte a ti de nada. La situación es la que es, y punto. En lugar de quejarme tanto, debería luchar por cambiar todo lo que nos rodea —Tony asintió con la cabeza, dándole la razón.

—Piensa otra vez en mi oferta, por favor: creo que lo que más nos conviene es recuperar esas joyas y venderlas. Podríamos irnos a alguna ciudad tranquila, costera, y montar un pequeño restaurante o algo así. Eh, te crearás que no, pero yo cocino cojonudamente bien. En fin, estamos en esto juntos, conque no pienso hacerlo sin tu consentimiento.

—Ni siquiera sabemos el valor de las joyas...

—Estoy seguro de que es bastante. No creo que Oliveira se tomase tantas molestias si no fuese así.

—Ella dijo que nos pagaría cada vez que le ayudásemos en algo... quizás, con el dinero que nos dé... —Marina no quería dar su brazo a torcer.

—¿Te crees acaso que nos va a dar mucho? No seas ingenua, no serían más que migajas. Esa mujer es una avariciosa.

—Pero nos perseguiría, al igual que persigue a la familia de Gabriel. Y acabaría con nosotros. ¡No quiero morir, Tony!

—¿Pero de verdad te crees que lograrían siquiera localizarnos? Por favor, son unos matones de poca monta. Imagínate si son inútiles que nos han endosado a nosotros esta misión sin siquiera conocernos de nada. No se ven capaces.

Marina se quedó callada un momento, intentando pensar algún otro argumento para echar por tierra el plan de Tony. Finalmente, algo se le vino a la cabeza:

—¡Ah, tengo una idea! ¿Por qué no le pides a Ahmed que te envíe dinero? Ya se lo devolveremos. Vamos, te lo daría incluso gratis. ¡Eres como un hijo para él! —ahora sonaba muy ilusionada, como si acabase de dar con una idea suprema que los sacaría de todos los problemas del mundo.

—Eso es imposible.

—¡Venga, hombre!

—Todas mis cuentas están bloqueadas, las tuyas también. No tenemos a nadie que pueda hacer

de testafarro, y si intentásemos abrírnos una cuenta bancaria aquí, nos detendrían inmediatamente. Necesitamos con urgencia una identidad falsa. Además... —hizo una pausa para terminar de beber su café.

—¿Además...?

—No te lo he comentado para que no te preocuparas, pero han metido en prisión provisional a Ahmed.

—¿¡Cómo!?! —Marina dio un bote en su asiento—. ¿¡Ahmed ha entrado en la cárcel!?! —hasta ahora, aquel hombre había sido para ella una especie de ser intocable, una figura importante en la ciudad de Marbella con el poder y los suficientes contactos para que no le pasase nada malo. Su caída suponía que la pareja quedase en una situación de incluso más vulnerabilidad al no contar con su ayuda desde España—. Pero si ayer mismo lo vi antes de subir al avión...

—Lo detuvieron por la tarde. Me he enterado esta mañana, cuando Oliveira nos dio los móviles. Me metí en Internet y vi que yo también tenía algunos emails. Me han avisado de que él y algunos otros socios han sido detenidos. Si llego a quedarme en Marbella...

—Y él decía que no tendrían pruebas para condenarlo... —suspiró indignada.

—Puede que no las tengan. Puede que lo suelten, precisamente, por falta de ellas. Pero, por ahora, no nos puede ayudar.

—Está bien, estás en lo cierto: Necesitamos esas joyas. Que conste que lo quiero hacer porque eso nos permitirá formar una nueva vida y no cometer más delitos. ¿Cómo lo haremos?

—Localizaremos a la familia de Gabriel, nos los cargaremos y nos quedaremos con las joyas. Fácil.

—¿Qué? ¡No, no, no! ¡No permitiré que mates a una mujer que no te ha hecho nada, y mucho menos a unos niños! —volvió a alterarse.

—Vale, vale... te prometo que no habrá derramamiento de sangre, siempre y cuando no sea necesario —resopló con pereza—. Pero lo que es seguro es que no vamos a conseguir nada si nos quedamos eternamente aquí esperando. ¿Estás ya lista?

El plan inicial había sido entrar en el apartamento sin preámbulos, pero Marina estaba tan nerviosa que le suplicó a su novio que le diese algo de tiempo para prepararse, motivo por el que habían entrado en esa cafetería. Tras aquella charla, ya estaba más tranquila.

—Bueno, ahora que me lo preguntas sí que estoy poniendo un poco... —buscó la palabra—, intranquila. Pero sí, vamos a hacerlo ya.

Miró a través del cristal que daba al exterior, se fijó en la fachada del apartamento y creyó ver una sombra a través de una de las ventanas de la vivienda en cuestión.

—Tony... —murmuró con el ceño fruncido, sin apartar la mirada del edificio—, ¿las dos ventanas ésas pertenecen al apartamento de Gabriel?

—Sí. Sólo hay una vivienda por planta. ¿Por? —miró en la misma dirección y también vio aquella inquietante sombra—. ¡Joder, joder, joder...! —se levantó precipitadamente, lanzó un billete a la mesa para pagar la cuenta y agarró del brazo a Marina levantándola del asiento—. ¡Vamos!

—No, Tony, hay alguien allí. Vamos a meternos en un lío —intentó resistirse.

—¡Vamos, coño...! —la arrastró a la fuerza hasta la calle.

Eran las nueve de la tarde y ya comenzaba a refrescar. En aquella parte del mundo era invierno, aunque no tenía nada que ver con aquel al que la pareja estaba acostumbrada en España: se trataba de una especie de primavera mediterránea.

Se acercaron hasta la puerta del portal y ésta estaba abierta, así que entraron sin problemas.

Era un edificio que por fuera estaba mejor conservado que por dentro. Posiblemente tuviese unos sesenta años o más. Su interior parecía que se iba a derrumbar de un momento a otro, y ni siquiera había ascensor.

Cuando Tony puso el pie en el primer escalón, la vieja madera hizo un ruido atronador. «Joder», se limitó a susurrar. Subieron muy lentamente para así hacer el menor ruido posible.

Llegaron a la primera planta y Tony acercó la oreja a la puerta de la vivienda para escuchar qué ocurría al otro lado. Al apoyarse en ella, ésta se movió; no estaba cerrada, sino encajada.

Sacó de su chaqueta la pistola que Oliveira le había entregado hacía tan sólo unas horas, y le indicó con un gesto a Marina que también se armara, por si se veían en apuros.

Entraron y lo primero que vieron fue un largo pasillo. A los lados, algunas habitaciones. Al fondo, el salón y aquella persona cuya sombra habían visto desde la cafetería. Estaba encorvada, dándoles la espalda y registrando una especie de cofre situado en el suelo. A la distancia ya lograron percibir que era un hombre robusto, bronceado, con el pelo corto y color rubio pollo, posiblemente teñido. Tony y Marina alzaron las pistolas y le apuntaron.

Se acercaron algunos metros, pero la madera del suelo crujía lo suficiente como para alarmar a aquel individuo, que se volvió y descubrió a dos caras conocidas apuntándolo. Se trataba de Dom, aquel fornido brasileño que les había conducido hasta la fábrica.

—¿Dom...? —preguntó extrañado Tony, sin dejar de apuntarlo.

—Eh, hola... —levantó lentamente las manos, indefenso, en señal de rendición—. Que sorpresa (*qué sorpresa*)...

—¿Qué cojones haces tú aquí? —le espetó.

—Eh, amigo, baja esa arma... —ahora miró a Marina—, y tú también, bonita.

—¡No te pases! —gritó Tony furioso, agitando vehementemente la pistola.

—Tranquilo —le susurró Marina, que en esta ocasión estaba sobrellevando los nervios mucho mejor de lo que estaba acostumbrada.

—Vale, vale, perdón —contestó Dom con chulería y se cruzó de brazos—. Bueno, ¿qué hacéis aquí?

Tony sentía un deseo enorme de reventarle el cráneo de un balazo, y posiblemente lo hubiese hecho si no hubiera estado su novia presente. En su lugar, intentó relajarse y dejó de apuntarle. Marina hizo lo mismo.

—Oliveira nos ha mandado a investigar.

—Ah... —dijo sin mucho entusiasmo—. Supongo que para averiguar dónde están las joyas, ¿no?

—Sí —contestó Tony—. ¿Y tú? ¿Tú que haces aquí?

—Pues... —aquel hombre enorme como una puerta tragó saliva intentando ganar algo de tiempo—. Lo mismo que vosotros. Oliveira también me ha enviado.

No. Aquello no parecía ser cierto, y lo pensaron tanto Marina como Tony. De ser verdad, Flavia les hubiese comentado algo.

—Mientes —dijo firmemente Marina, que intervino en la conversación por primera vez.

—¿Qué dices, puta?

—¡Respétala! —vociferó Tony con toda su furia y volviendo a alzar la pistola, que señalaba la frente de Dom—. ¡Un respeto a *mi chica*, imbécil!

Pese a tener un arma entre sus manos, Tony se la estaba jugando. Si aquel hombre-animal hubiese querido, posiblemente antes de que le diera tiempo a disparar, él ya lo habría arrojado por la ventana. Parecía tener la fuerza suficiente como para mover casi sin esfuerzo un camión, y

sus bíceps tenían el tamaño de una cabeza. Pero se trataba de Marina, y Tony no iba a permitir que nadie le faltara el respeto.

—Perdón, joder, perdón —volvió a disculparse como un perro arrepentido de algo malo que ha hecho.

—Si Oliveira también te ha mandado a investigar, podremos comentarle que nos hemos visto aquí, ¿verdad? —dijo Tony con sorna, reprimiéndose los impulsos de apretar el gatillo e intentando poner en un aprieto al brasileño.

Todos permanecieron un momento en silencio, y una enorme tensión creció en aquella habitación vieja, descuidada y con olor a rancio. Sólo escuchaban sus propias respiraciones nerviosas.

—Vale, me habéis pillado —levantó los hombros en un gesto de resignación. No parecía importarle demasiado—. Estaba intentando averiguar dónde está la familia de Gabriel. Quiero esas joyas.

—¿Y qué le parecerá eso a tu jefa?

—Que le parezca lo que le dé la gana. ¿Se lo vas a decir? Muy bien. No volveré a aparecer por allí. Estoy hasta los cojones de aguantarla.

Tony no sabía qué hacer. Intuyó que la opción más segura era cargarse en ese mismo momento a Dom y luego explicarle lo ocurrido a Oliveira. Pero, ¿les creerían a Marina y a él? ¿No se buscarían un problema con los demás miembros de la banda? ¿Alguien escucharía el disparo y alertaría a la policía?

Por otro lado, estaba la opción de dejarlo con vida, lo cual le parecía incluso más peligroso todavía. ¿Cómo podía asegurarse de que Dom no acabara yendo contra ellos una vez que se dieran la vuelta?

«Joder», susurró, mientras luchaba consigo mismo intentando decantarse por alguna de las alternativas. Finalmente bajó el arma.

—Vosotros también queréis las joyas, ¿eh? —farfulló con tono vacilón.

—¿Qué? No, no —Tony titubeó—. No vamos a traicionar a Oliveira. Le estamos muy agradecidos de que nos haya acogido y nos dé trabajo. ¿Verdad? —se dirigió a Marina para que lo corroborara.

Mierda, pensó. Dom había averiguado sus intenciones, que no eran ni más ni menos que las suyas. Parecía que todo el mundo tenía el objetivo de robar Oliveira.

—No hace falta que actuéis. Creo que lo más conveniente es que cooperemos —dijo el brasileño con total parsimonia—. ¿Me vais a matar? ¿Me vais a dejar libre? Sé lo que pensáis, y no os conviene ninguna de estas dos opciones. Os doy una tercera: unámonos.

Tony resopló y bajó el arma. Quizás tenía razón en lo que decía y ésa era la salida más ventajosa para todos.

—Que no se te pase por la cabeza engañarnos porque te arrepentirías —le advirtió, acercándose peligrosamente a aquel hombre que le sacaba veinte centímetros de altura.

—¿Acaso vosotros tenéis autoridad moral para poner en entredicho mi palabra? —comenzó a reír. Tenía razón: posiblemente Dom confiara en Marina y Tony tan poco como ellos en él—. Pero no os preocupéis. Habrá tanto dinero para repartir que no me merecería la pena arriesgarme a ir por libre.

—¿De cuánto hablamos?

—Al ser joyas robadas y la policía estar buscándolas costará un poco venderlas... pero probablemente la cifra no bajará de cuatro millones de reales brasileños... es decir, un millón de

dólares —aquella cifra sonó a cántico angelical en los oídos de la pareja, especialmente en los de Marina, que ya estaba imaginando la casa en la playa que compraría para vivir con Tony.

—Iríamos al cincuenta por ciento —añadió Dom.

—¿Qué, cómo? —Tony no iba a admitir ser ninguneado—. No sé si te has dado cuenta de que somos tres. ¡Dos tercios deberían ser para nosotros!

—No creo que la chica sea de mucha utilidad sin ti —minusvaloró a Marina, avergonzándola y haciéndola sentir muy mal—. Además, no habláis portugués. Yo sí. Posiblemente me necesitáis más a mí de lo que yo a vosotros. ¿Qué os parece un cuarenta para mí y un sesenta para vosotros? Vamos, ¡eso son seiscientos mil dólares!

—Está bien... —Tony buscó con la mirada a Marina para que otorgara su aprobación a dicho acuerdo.

—De acuerdo —añadió Marina.

—Ahora, ¿me ayudáis a continuar buscando alguna pista?

—¿No has encontrado nada? —Tony miró en derredor. La habitación estaba hecha un desastre, con muebles claramente movidos de su lugar y papeles en el suelo. Dom debía de llevar ya largo rato allí y, si él no había dado todavía con nada, posiblemente la pareja no ayudaría mucho.

—No, aunque sólo he rebuscado por aquí —contestó refiriéndose al salón—. Aún queda el resto de la casa.

Así pues, nuestros tres personajes se pusieron a rastrear el ruinoso apartamento por todos sus rincones, llegando incluso a levantar el suelo y a arrancar las tomas de corriente de la pared y las lámparas del techo. Cualquier hueco era bueno para esconder algo, pero Gabriel había sido listo y no lograron encontrar nada que lo delatara. Tras dos horas de minuciosa indagación, se rindieron y se dejaron caer en los sofás del salón, agotados.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Marina, que deseaba salir de allí cuanto antes.

—Ahora deberíamos buscar en otro lugar —sugirió Dom.

—En el informe que Oliveira nos entregó pone que Gabriel es originario de Água Boa, y su pareja, Luciana, de Argentina —indicó Tony.

—Sí, lo sé —el brasileño se levantó y fue hasta la cocina, dejando a la pareja sola. Regresó con un vaso de whisky en cada mano (posiblemente hubiera encontrado alguna botella en algún cajón). Entregó uno de los vasos a Tony y el otro comenzó a beberse él, pasando totalmente de Marina. Esta falta de consideración les molestó tanto a ella como a su novio, pero decidieron no hacer ningún comentario al respecto para no complicar las cosas—. Vosotros deberíais ir a Água Boa para buscar información. Se trata de una pequeña ciudad de unos veinte mil o treinta mil habitantes, en este mismo estado. Estará a unos mil kilómetros. Podéis ir hasta allí en autobús, aunque os aviso de que el trayecto será muuuuy —alargó excesivamente la palabra— largo. Como es un sitio pequeño, estoy seguro de que, preguntando a la gente, obtendréis algún dato sobre Gabriel; supongo que todavía vivirá algún familiar suyo allí. Yo, mientras tanto, iré a Argentina.

—Eh —bramó Tony nada contento con esa decisión—. Nosotros no hablamos portugués. ¿No sería más normal que fuésemos a Argentina y tú a Água Boa?

—Lo sería si pudieseis salir legalmente del país —contestó con chulería—. Sé que la policía española os persigue y probablemente ya hayan enviado órdenes de captura a casi todos los países. Si intentarais cruzar la frontera os detendrían inmediatamente.

Joder, tiene razón. No se lo puedo discutir.

—Vale, nosotros iremos a Água Boa... por cierto, hablando de nuestra situación legal, ¿conoces a alguien que nos pueda falsificar unos documentos de identidad?

—Oh, no. A nadie. Lo siento.

—¿Cómo no vas a conocer a nadie? —le reprendió—. Vamos, no te creo, eres un maldito mafioso.

—Eh, oye, te he dicho que no conozco a nadie y es la puta verdad. No me desmientas —levantó el tono y nadie dijo nada más al respecto, probablemente no serviría de nada discutir.

—¿Cómo es tu relación con Oliveira? ¿Desde hace cuánto la conoces? —preguntó Marina al cabo de un rato.

—Eres una cotilla, ¿eh?

—No respondas si no quieres —dejó caer todo el peso de su espalda en el respaldo del sofá al tiempo que exhalaba un largo suspiro. Dom le estaba resultando un tipo totalmente insoportable.

—No, mujer, no te enfades... verás: yo había pasado una temporada en Estados Unidos trabajando en la frontera con México... contrabando, tráfico ilegal de personas, trata... lo típico —*Qué joyita de hombre...* se dijo para sí misma Marina—. En fin, acabaron pillándome y deportándome. Yo soy de un pueblo cercano a Rio de Janeiro, pero ahí no podía regresar porque la policía, y prácticamente todo el mundo, ya me conocía y sabía a qué clase de cosas me dedico, así que pedí ayuda a conocidos. Primero pasé una temporada en casa de un amigo, en Brasilia, mientras le hacía favores, pero un mal día me pilló revendiendo la droga que él mismo compraba para su consumo. Se colocaba tanto que el muy palurdo pensaba que se la metía toda —comenzó a reír—. Después de eso me fui a Cuiabá, que está cerca de aquí. Me hospedé en casa de una señora de setenta años que me alimentaba y me dejaba dormir en su cama a cambio de sexo. Era bastante desagradable, pero al menos tenía un techo. Los hijos de esta mujer acabaron denunciándome. ¡Se inventaron que le robaba! Mintieron, lo juro. Esta vez me porté de puta madre —le dio un sorbo a su whisky—. Evidentemente me tuve que marchar, y como Cuiabá no me gustaba demasiado me monté en un autobús y vine aquí, donde viví tirado en la calle durante una semana, hasta que en un bar me hablaron de Oliveira. Me comentaron que posiblemente me podría dar trabajo. La fui a buscar a la fábrica, me presenté e inmediatamente me aceptó. De esto hace ya tres años.

—¿Te dejó ser parte de su banda así, sin más? —preguntó Tony extrañado—. A nosotros no deja de repetirnos que nos hace el favor de ayudarnos por un amigo común que está en España...

—Sí, es una mujer muy desagradable —añadió Marina.

—Antes no era así. Se ha vuelto muy desconfiada con el tiempo. Desde que la conozco, Gabriel no es la única persona que la ha traicionado. Así es normal que se vaya transformando, lentamente, en una persona más hermética.

—Tú también la vas a traicionar —apuntó Tony.

—Sí, ya. Soy un cabronazo, ¿qué esperabais? Además, estoy ya harto de ella... —hizo una pausa y, aunque nadie le preguntó por qué estaba cansado de Oliveira, continuó explicándose, como si tuviera la necesidad de hacerlo—. Con la mayoría de la gente es muy ruda, aunque conmigo no; soy el único al que trata bien. ¿Sabéis por qué? Pues porque está enamorada de mí.

—¡Venga ya! —repuso Marina, escéptica.

—Que sí. Desde que me conoció ha estado encochada conmigo. Solemos tener sexo y, cuando terminamos, siempre se queda abrazada a mí. ¡Y soy el único con el que se acuesta! —no tenía ningún reparo en airear las intimidades de Flavia.

—¿Y dices que lleváis así tres años?

—Sí. Pero no quiero rechazarla porque me echaría de la fábrica.

—Pero eso es lo que quieres: irte.

—Sí, pero sólo si tengo a dónde ir o, al menos, dinero para ser independiente. Por eso es tan

importante para mí que encontremos las joyas. Supongo que vosotros estaréis en una situación de desesperación parecida.

—Sí, lo estamos —Marina también se sinceró—. La fábrica no se parece en nada a lo que teníamos en mente, ni tampoco la banda.

—Bueno, ya hemos hablado suficiente —Tony se levantó antes de que su novia hablara más de la cuenta. Era un tipo muy reservado, especialmente con aquellas personas que no le transmitían confianza, y Dom era una de ellas—. ¿Qué harás ahora? ¿Regresarás a la fábrica o partirás directamente a Argentina?

—Me pasaré por allí para recoger algunas cosas. Luego me marcharé a Buenos Aires. Empezaré buscando por allí.

Ah, Buenos Aires. Es como buscar una aguja en un pajar... pensó Marina.

—Nos mantendremos en contacto. Ahora nos intercambiaremos los números —le dijo Tony.

—*Ok*. Por cierto, sed discretos con lo que os he contado, referente a Flavia y a mí —pidió el brasileño, quizás un poco arrepentido de haber hablado tanto.

«Descuida», contestó la pareja al unísono.

## 5

### EMAIL III: LUCÍA A MARINA

4 de Julio de 2019:

¡Amiga mía! Me alegra saber que, al menos, estás viva. No sabes cuantísimo he rezado por ti, lo he pasado verdaderamente mal. Justo me estoy despertando ahora y leo tu mensaje. No existe mejor forma de empezar el día.

Pero no todo es maravilloso. Me he despertado por culpa de una llamada: era la policía. Me han citado a las doce en la comisaría. Quieren interrogarme. Joder, tengo muchísimo miedo. ¡Pero no lo tengas tú! No contaré nada de lo que sé, me haré la tonta. Además, borraré todos estos mensajes inmediatamente: los míos y el tuyo. ¡No temas nada!

¿Dónde estáis Tony y tú? Sé que en Brasil, ¿pero en qué ciudad? Por cierto, me alegro de que tu novio, al menos, sea bueno contigo. He estado reflexionando y quizás sí que me haya pasado con él. He sido muy pesada diciéndote una y otra vez que no me gusta y que no es una buena influencia para ti. Creo que con habértelo dicho una vez ya hubiese sido suficiente. Perdóname si te he resultado muy molesta en este sentido.

Vaya con la tal Oliveira esa. ¿Qué es eso tan horrible que os ha hecho hacer? Ay, amiga, no me asustes. Pídele a Tony que no te haga participe de sus negocios turbios. No tienes nada que ver con ese mundo.

Ojalá pronto consigáis ahorrar algo de dinero y montar un negocio.

Te deseo todo lo mejor. Mantenme informada de todo, por favor.

Lucía.

## EMAIL IV: MARINA A LUCÍA

4 de Julio de 2019:

¡Me alegro de haber contribuido a que tu día, al menos, empiece con una buena noticia!

En el estado de Brasil en el que estamos son ahora mismo las 6:38 de la mañana, conque en España deben de ser... las 12:38, así que supongo que ya estarás en la comisaría. Probablemente llegue tarde, pero desde aquí te mando todas mis fuerzas para que no te pongas nerviosa en el interrogatorio. Y no te preocupes, amiga mía, confío en ti y sé que lo harás genial.

No te puedo decir en qué ciudad estamos, Lucía. El motivo es que, aunque borres los mensajes, imagina que la policía los recupera. ¡Descubrirían nuestro paradero! No, no me puedo arriesgar. Todo lo que te puedo decir es que estamos en un autobús yendo hasta un lugar para obtener información. Sí, esto es una especie de misión. ¿No te parece guay? Estas cosas de espionaje, cuando no implican matar ni agredir a nadie, sí que me gustan. En fin, parece que hoy estoy de mejor humor que ayer.

Si todo sale bien vamos a ganar un montón de dinero. ¡Probablemente más de seiscientos mil dólares! ¿No es genial? Vamos a recuperar unas joyas que un miembro de la banda se llevó (inicialmente las robaron en varias joyerías). Se podría decir que vamos a robarle a un ladrón que le ha robado a un grupo de ladrones... curioso, ¿verdad?

Ay, conforme escribo estas líneas me voy sintiendo fatal. No sé en qué me he convertido... desde que estoy en Brasil me replanteo muchas cosas... quiero a Tony, por supuesto, y me encanta estar junto a él. ¿Pero es justo lo que hacemos? ¿Es justo que el mundo entero sufra las consecuencias de nuestro amor? Si esta vida de crímenes continúa, no creo que me merezca vivir. No en estas condiciones. No puedo permitir que más gente sufra por mi culpa. Sé que él lo hace por mí. Sé que quiere darme una buena vida, obsequiarme de lujos, y la única forma que tiene para conseguírmelo es delinquiendo. ¡Pero yo no necesito nada de eso! Justo hace unos instantes acabamos de tener una discusión sobre esto.

En fin, espero que esta misión salga bien. Espero que este último delito sea un éxito. Si logramos vender las joyas... ya sabes lo que me gustaría hacer con el dinero. Un chiringuito en la playa, una tienda de ropa, un pequeño restaurante... ¡ay, con cualquier negocio así sería tan feliz!

Respecto a tu pregunta de qué nos ha obligado Oliveira a hacer, te diré que hemos tenido que torturar a un hombre (precisamente a éste que se llevó las joyas). La cosa fue muy desagradable y se nos fue de las manos, y hasta ahí puedo decir. No quiero entrar en detalles, es muy duro para mí.

Bueno, ya no te molesto más, aunque me atrevería a decir que no es para ti ninguna molestia leerme. ¡Te echo tanto de menos, amiga! Cuéntame cómo estás tú. ¿Has hecho algo interesante en estos dos días que no nos vemos, a parte de los interrogatorios de la policía? ¡Un besazo enorme!

Marina terminó de teclear, pulsó ‘enviar’, se guardó el móvil en su bolsillo y sacó un pañuelo para secarse algunas lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos. Tony la observaba desde su asiento, pegado al de ella.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Mucho —miró por la ventana, ociosa, y observó la densa vegetación del paisaje. No tenía ganas de hablar.

Tony abrió una mochila grande que tenía colocada en el suelo y extrajo de ella dos cruasanes de mala calidad envueltos en papel.

—¿Quieres uno? —Marina lo aceptó sin decir palabra y comenzó a comérselo.

La tarde anterior la pareja volvió a la fábrica separada de Dom, para no levantar ninguna sospecha. Le explicaron a Oliveira que la búsqueda había resultado infructuosa, así como su plan de continuar siguiendo el rastro de la familia de Gabriel en Água Boa, la ciudad de la que éste era oriundo. Quizás allí alguien les pudiese dar información sobre el paradero de Luciana y sus hijos. Flavia estuvo de acuerdo con el proyecto, así que les preparó una mochila con víveres, ropa interior, algunos productos de higiene y más munición, por si la necesitaban. Además, les dijo que se encargaría de buscar a alguien que les preparara un pasaporte falso. Se estaba portando bien con ellos, aunque es cierto que le interesaba hacerlo. Al fin y al cabo, pensaba que Tony y Marina le harían recuperar joyas de gran valor.

El viaje hasta Água Boa era larguísimo: duraba nada más y nada menos que veinte horas. Se habían montado en el autobús a las seis de la mañana, y no llegarían a su destino hasta las dos de la madrugada de la noche siguiente. Un auténtico suplicio. Afortunadamente se hacían paradas de vez en cuando que los pasajeros podían aprovechar para estirar las piernas o ir al lavabo de alguna gasolinera.

Iban por un camino de tierra, sin asfaltar y con irregularidades, por lo que el traqueteo del vehículo apenas les permitía relajarse. Para más desgracia, una importante parte del resto de viajeros estaba formada por un grupo de una docena de adolescentes ruidosos, enérgicos y con las hormonas por las nubes.

Tony observaba a Marina mientras se comía su cruasán, y llegó a sentir cierta pena por ella. Desde que habían llegado a Brasil sus cambios de humor eran constantes, y empezaba a presentar grandes síntomas de neurosis leve, lo cual era muy preocupante. Era consciente de que no era feliz de aquella manera, y temía que le abandonara, cansada de él y de su vida criminal. Empezaba a comprenderla y a entender que aquel mundo de delincuencia no le pertenecía. Quizás, pensó Tony, una vez que consiguieran las joyas sí que sería momento para jubilarse como mafioso.

—¿Confías en Dom? —le preguntó a su novia, arrancándola del ensimismamiento.

—Eh... ¿no debería?

—No lo sé, es un tipo misterioso y hermético. Ayer se portó de una forma muy rara. Creo que nos ofreció colaborar porque temía que lo matara de un balazo.

—Sí, es posible. ¿Crees que nos ha engañado? —dejó caer Marina.

—Acuérdate cuando nos dijo de esa forma tan rotunda que no conocía a nadie que nos pudiera hacer un pasaporte falso... ni siquiera se ofreció a ayudarnos... quizás no se trató de un acto de egoísmo o de poca deferencia hacia nosotros, sino que, simplemente, no le convenía.

—Ummh... —la joven se acarició la barbilla con aire reflexiva—, ¿me estás dando a entender que no quiere que crucemos la frontera?

—Quizás él ya sepa dónde está la familia de Gabriel. Piénsalo: si tiene la certeza de que está en Argentina, le conviene que nosotros estemos entretenidos aquí, en Brasil, buscando pistas en vano para él ganar tiempo.

—Pero eso es imposible —manifestó Marina, que no tenía la agilidad mental de Tony para encajar piezas—: él también fue al piso de Gabriel a buscar algún indicio de dónde pueden estar las joyas. Le pillamos, cariño. Él no sabe más que nosotros.

—¿Y qué te dice que no encontrara alguna pista valiosa antes de que llegáramos? —se quedó en silencio un momento, y por la expresión facial de su novia supuso que ésta comenzaba a entender por dónde iba—. Recuerda que, cuando llegamos, el salón estaba patas arribas. Desde luego llevaba un rato largo ya allí. Quizás encontrara una copia de billete de avión a alguna parte y se la guardara, por ejemplo. Desde luego tendría mucha más idea de dónde buscar que nosotros.

—Incluso puede que lo que nos contó de que el primer lugar adonde iría sería Buenos Aires fuese también mentira, para confundirnos —dilucidó Marina con rapidez.

—Estás en lo cierto. Mientras más equivocados estemos, mejor para él.

Este tema atormentaba mucho a Tony. Había estado meditando sobre todo esto desde la noche anterior y apenas había pegado ojo. Ahora, al compartir con Marina sus pensamientos y observar que ella también opinaba igual, su preocupación no hacía sino acentuarse.

—¿Y qué hacemos? —preguntó ella—. ¿Nos volvemos y volamos hasta Argentina o qué?

—No, no, imposible —hizo un gesto con las manos que daba a entender que lo que decía era una locura—. Si intentáramos cruzar la frontera, por tierra o por aire, nos pillarían. Además, suponiendo que todo lo que acabamos de especular fuese cierto, no tenemos la información que suponemos que tiene Dom y, por tanto, no sabríamos dónde buscar. Al menos, gracias al informe de Oliveira, sabemos con certeza dónde nació Gabriel. Mejor empezar por ahí que es terreno seguro, ¿no crees?

—De acuerdo.

Aquella breve conversación parecía haber agotado a la pareja. Era demasiado temprano para tanta charla. Marina se inclinó hacia Tony y se apoyó en su hombro, y él, en su cabeza. Y en esta tierna imagen se dejaron caer, durante unas horas, en los brazos de Morfeo.

## 6

Aquel viaje se prolongó más de lo que hubieran deseado. A las nueve de la noche un pitido alertó al conductor y éste se vio obligado a parar: el autobús se había quedado sin reservas de aceite. Estaban tirados en mitad de la nada, y así permanecieron durante más de cuatro interminables horas hasta que un empleado de la empresa de transportes llegó a donde estaban cargado con un bidón de aceite. El tiempo de espera resultó muy desagradable por el calor que hacía dentro del vehículo y las quejas continuas y exasperantes de los adolescentes quejicas, que carecían de paciencia alguna.

Retomaron el viaje y llegaron a Água Boa a las 6:15 de la mañana del día siguiente, lo cual supuso casi un alivio para Tony y Marina, ya que pronto se podrían poner a ‘trabajar’ y no tendrían que buscar un lugar en el que refugiarse, como se hubiesen visto forzados a hacer de haber llegado el autobús a la hora prevista. ¡No hay bien que por mal no venga!

La ciudad era bastante pequeña, con edificios (casitas en su mayoría) muy bajos, un notable ambiente rural y estaba rodeada de grandes terrenos agrícolas. Se trataba de uno de esos lugares en los que los habitantes locales se quedan extrañados cuando ven a un forastero, y posiblemente jamás han ido muy lejos de su ciudad.

Desayunaron en el bar de la estación de autobuses y le enseñaron una fotografía de Gabriel tamaño carnet, que Oliveira les había facilitado, al camarero que los atendió. La comunicación era difícil porque el joven no hablaba español ni ellos su idioma, pero lograron entender que aquél les dijo que no lo conocía, aunque le sonaba su cara; que se parecía mucho a alguien de la ciudad, aunque no recordaba quién. La respuesta, aunque no era de gran valor, al menos les resultó esperanzadora.

Ya con el estómago lleno retomaron la búsqueda. Eran las siete de la mañana y en las calles apenas había gente todavía: algún madrugador paseando a su perro y varios trabajadores que se dirigían a su puesto. La pareja intentó parar a más de una persona para preguntarle por Gabriel, pero o bien la respuesta era negativa, o tenían demasiada prisa como para atenderles.

Continuaron deambulando por el centro de la diminuta ciudad y encontraron a un viejo conserje abriendo las puertas de un colegio público. Según tenían entendido, el mes de julio era de descanso para los estudiantes brasileños, así que supusieron que aquel hombre estaba ahí para realizar alguna tarea de mantenimiento, limpieza o seguridad.

Lo abordaron y Tony le mostró la fotografía.

—Ah, Gabriel —dijo el anciano con sorpresa al descubrir aquel rostro conocido en la imagen.

—¿Lo conoce?! ¿Habla usted español?! —Tony no cabía en sí de gozo. Le parecía una verdadera proeza haber logrado encontrar a alguien que pudiese ayudarles.

—Eu não falo espanhol (*no hablo español*). Ele era um estudante aqui muitos anos atrás, quando eu comecei a trabalhar nesta escola (*él fue un estudiante aquí hace muchos años, cuando yo empecé a trabajar en esta escuela*) —dijo señalando la fotografía—. Um menino muito travesso! (*¡un chico muy travieso!*).

Afortunadamente, como ambas lenguas romances se parecían tanto, la pareja pudo entender, más o menos, todo lo que el hombre decía.

—Estamos buscando a algún familiar suyo. ¿Nos puede ayudar? —Marina le hablaba muy lentamente y en tono elevado, como si el viejo estuviera sordo o no fuese muy listo.

—Familia? Toda a sua família morreu, exceto um irmão (*¿Familia? Toda su familia murió, excepto un hermano*).

—¡Genial, genial! —dijo efusivamente Tony—. ¿Dónde vive el hermano?

—Rua Nove (*Calle Nueve*). Eu não sei o endereço exato, mas é uma casa muito especial. O exterior é todo rosa. Você vai reconhecê-la (*No sé la dirección exacta, pero se trata de una casa muy especial. El exterior es todo rosa. La reconoceréis*).

—¿Qué? ¿Cómo? —Tony miró con cara de tonto a Marina. No estaba seguro de haber comprendido lo que decía—. ¿Dice que es una casa rosa?

—Sí, creo que sí —contestó ella.

—Vale —se dirigió de nuevo al anciano—. Muchas gracias por su ayuda. Lo dejamos trabajar tranquilo.

El hombre les respondió con una sonrisa y la pareja emprendió la marcha sin rumbo. Unos pasos más adelante, Tony sacó de su bolsillo el móvil y buscó la Rua Nove en Google Maps. La aplicación les indicaba que estaban a unos cinco minutos andando. «De acuerdo, allá vamos».

—¿Qué haremos cuando encontremos al hermano? —preguntó Marina mientras caminaba—. ¿Has pensado en eso?

—Por supuesto que sí —contestó Tony con notable descaro—. Lo tengo todo bajo control.

—¡No, no lo has hecho! ¡Estás mintiendo! —lo golpeó suavemente en el brazo y ambos comenzaron a reír, que era algo que, con tanta tensión y preocupaciones, no hacían ya desde hacía mucho. Las carcajadas de Marina eran la melodía más armoniosa para su novio—. Te conozco demasiado bien.

—Pues me has conocido bien en poco tiempo.

—Poco, pero muuuuuy intenso —le acarició la mano.

Tony se paró en seco en mitad de la desértica calle, atrajo a Marina hasta sí y la besó con el candor y la pasión que últimamente tanto le faltaba a la pareja.

—Eso ha estado bien —suspiró sonriente.

—¿Sólo bien?

—Eso ha estado genial, tontorrón —ahora lo atrajo ella a él y, poniéndose de puntillas para alcanzar su boca, lo besó con el mismo amor que acababa de recibir por su parte.

Continuaron la marcha y Marina volvió a preguntarle qué harían cuando viesan al hermano de Gabriel, a lo que Tony contestó lo siguiente:

—No lo sé, la verdad. Evidentemente no podemos contarle la verdad, y mucho menos que nos hemos cargado a su hermano.

—Tenemos que engañarlo.

—Sí, ¿pero cómo...? —preguntó al aire—. ¿No se te ocurre nada? Las mujeres soléis ser más pícaras para esta clase de cosas.

—¡Eh, no te pases! —Marina le elevó el tono, molesta.

—¡Que es broma, amor!

—Bueno, a ver: le podemos decir que somos unos viejos amigos, y queremos reencontrarnos con él después de mucho tiempo.

—No.

—¿Por qué? Qué tajante...

—Porque no sabemos cuándo abandonó esta ciudad... imagínate que fue hace, por ejemplo, cinco años. Si Gabriel tenía relación con su hermano, pues éste también debería conocernos a nosotros, o al menos sonarle de algo.

—Vale... —le dio la razón tras escuchar el argumento—. ¿Y si decimos que somos familiares de Luciana y es a ella a quien buscamos? Colaría porque es argentina y, por tanto, su cuñado, es decir el hermano de Gabriel, no tendría por qué conocernos.

—Eso está mejor... continúa.

—Le diremos que venimos desde España. Yo soy una prima lejana suya. O lo serás tú. No tiene importancia —hizo una pausa para tomar aire; era difícil seguir el rápido paso de Tony—. Venimos desde España porque mi madre, o la tuya, nos contó antes de morir que teníamos familia en Argentina. Esto fue una sorpresa para nosotros, lo cual explicaría por qué no tenemos el número de teléfono de la mujer de Gabriel. Diremos también que lo único que sabemos de ella es que está prometida, que tiene dos hijos y que vive con su pareja en Santa Francisca.

—Pues nos dirá que vayamos a buscarla a Santa Francisca.

—Espera. Déjame terminar: explicaremos que ya hemos estado, que hemos estado incluso en su apartamento, y que un vecino nos ha dicho que no estaban; que desconocía adónde habrían ido, pero que cuando se marchaban, lo solían hacer por largas temporadas. Por tanto, sólo tendríamos dos sitios donde buscarlos: o en Argentina, sin saber exactamente dónde, o en Água Boa, que supuestamente sabemos que Gabriel es de aquí gracias a que nos lo contó su vecino.

—Joder... —dijo Tony mareado y con la cabeza hecha un bombo.

—¿Lo has entendido todo? ¿Lo ves bien?

—Sí, sí... estoy reflexionando, a ver si le veo aguas al plan... —lo analizó en silencio durante unos segundos—. Pero es perfecto. Se lo tragará.

Entonces, conforme giraban en una esquina, una voz robotizada interrumpió aquella animada conversación: «ha llegado a su destino», le indicó a Tony el asistente de Google Maps.

—Bueno, pues ya estamos en Rua Nove. ¿Ves alguna casa rosa?

Aquella calle era como las del resto de la ciudad: larga, recta, algo sucia, con el asfalto en mal estado, y una hilera de pequeñas casitas de aspecto humilde a ambos lados.

Caminaron unos metros y por fin, escondida tras unos arbustos, divisaron a lo lejos una fachada rosa. Efectivamente era muy llamativa. Se acercaron.

La propiedad tenía un pequeño jardín delantero en el que comenzaban a crecer malas hierbas. La puerta principal parecía endeble. *Fácilmente derrumbable*, pensó Tony.

Timbraron. El sonido eléctrico les taladró los oídos. Tras treinta segundos de espera insistieron de nuevo, pero seguía sin escucharse nada al otro lado.

Tony retrocedió unos pasos y reparó en que todas las persianas de las ventanas estaban bajadas.

—No debe de haber nadie en casa.

—O quizás están dormidos. Aún es temprano.

Tony regresó a la puerta y volvió a timbrar, esta vez durante diez segundos seguidos, provocando un estruendo muy desagradable.

—Ei! Quem é você?! (*¡Eh! ¿Quiénes sois?!*) —gritó una voz femenina.

Miraron hacia la dirección de donde provenía y descubrieron, en el exterior de la casa contigua, a una señora cincuentona y rechoncha que los increpaba desde su puerta. Tenía puesta una bata y el pelo recogido en un desastroso moño. Probablemente la acabasen de despertar.

—O que é ese barulho? (*¿Qué es este ruido?*). É muito cedo! (*¡Es muy temprano!*).

—Lo sentimos, señora —Marina, siempre tan conciliadora, se apresuró a disculparse haciendo un gesto con las manos para que la mujer se calmase—. ¿Habla usted español?

—Sí, niña, sí... ¿quiénes sois? —contestó con un marcado acento brasileño y con dificultad

para vocalizar correctamente.

La pareja se acercó hasta donde estaba ella para no tener que estar dando voces y evitar así despertar a más gente.

—Estamos buscando a... —Tony reparó en que no tenía ni idea de cómo se llamaba el hermano de Gabriel. Era algo que se le había olvidado preguntar al conserje del colegio—. Al dueño de esa casa —señaló la casita rosa.

—Ya... —musitó la mujer, lentamente, mirándolos con suspicacia. No parecía fiarse de ellos. Dio un paso hacia atrás, hacia el interior de su casa, a punto de cerrar la puerta frente a sus narices.

—¡Espere, espere! —se apresuró a decir Marina—. Deje que nos expliquemos, por favor: estamos buscando al hermano de un tal Gabriel Alves. Desconocemos su nombre, pero un vecino de la ciudad nos ha dicho que vive aquí. ¿Estamos en lo cierto?

—¡Gabriel...! —dijo la mujer con los ojos muy abiertos, y salió de nuevo al exterior—. ¿Cómo está ese muchacho? —por algún motivo ahora parecía mucho más interesada, y los escuchaba con suma atención.

—Bueno, realmente buscamos a su prometida, Luciana —explicó Tony, esperanzado en que aquella mujer les pudiera dar alguna pista sobre su paradero—. ¿La conoce?

—La he visto un par de veces, hace ya *muitos anos*... —la mujer mezclaba palabras en uno y otro idioma al hablar, formando así una especie de portuñol—. ¿Pero cómo está Gabriel? —insistió.

—Eh... según tenemos entendido está bien, aunque es la pareja la que nos interesa...

—Oh... no se habrá metido en problemas, ¿no?

—¡No, no...! Somos unos viejos amigos —se apresuró en mentir Tony.

—Ese chiquillo... —hablaba de Gabriel como si de verdad, por su edad, fuese un ‘chiquillo’—. Me sorprende que todavía siga vivo... ha sido *muito* problemático *sempre*.

—Como le hemos dicho buscamos a su hermano... —Marina volvió a encauzar la conversación.

—¡Ah, sí, buscáis a Rafael! —genial, ya sabían al menos su nombre—. Pero no creo que os pueda ayudar. Hace mucho que no ve a Gabriel, o al menos tengo eso entendido...

—¿Hay más familiares aquí?

—No. Todos murieron —sonó bastante lóbrega.

—¿Y dónde está Rafael? ¿Vive solo?

—Sí, vive solo. Si no os ha abierto, es que no está —la mujer dio unos pasos hacia la calle para comprobar si las persianas de la casa rosa estaban bajadas—. No, definitivamente no está —volvió a donde estaba.

—¿Dónde lo podemos buscar?

—Suele levantarse mucho, mucho temprano para trabajar. Trabaja en unas plantaciones de cultivo de arroz.

—¿Y dónde están esas plantaciones?

—Esperad —la mujer entró en la casa y, al cabo de un minuto, salió con un papel que le entregó a Tony en el que había una dirección—. Está a treinta minutos en coche.

—¿Usted nos podría llevar? —le suplicó Tony, poniendo en un compromiso a la mujer.

—¡Ah, no, no, no! Yo no tengo vehículo, joven. Y espero que no se os ocurra ir andando —les advirtió, al percatarse de la enorme mochila que Tony llevaba cargada a su espalda—. Además, va a llover.

La pareja miró hacia el cielo, que estaba nublado, aunque no parecía que fuese a caer una gota.

—¿Y nos podemos quedar en su casa, esperando? —preguntó en esta ocasión Marina.

—A ver... —por el tono que puso ya sabían de antemano que la respuesta iba a ser negativa —, me encantaría ayudarlos, pero mi marido está aquí y no le haría ninguna gracia. Lo mejor, creo, es que busquéis algún hostel. Rafael puede pasarse todo el día fuera de casa.

—¿Y nos puede dar el número de teléfono de Rafael?

—¿Sin su permiso? Oh, no, eso estaría muy feo. Estoy segura de que no le importaría, porque todo lo que tenga que ver con su hermano le interesa mucho, pero no puedo hacerlo —apenas les estaba ayudando, y ya comenzaba a agotar la paciencia de Tony—. Haremos una cosa: dadme alguno vuestro número, y yo os telefonearé cuando Rafael vuelva a casa o, al menos, cuando sepa algo de él, si es que para entonces no habéis logrado encontrar la manera de presentaros en la plantación de arroz. ¿Os parece bien?

La pareja aceptó la propuesta y Tony le anotó en un papel que le entregó su número. Se despidieron y, haciendo caso a la sabia mujer, fueron en busca de un lugar donde refugiarse: aquella mochila estaba destrozando la espalda de Tony, amén de que, pese a que creían que no sucedería, comenzó a llover de forma muy precipitada.

Anduvieron durante cinco minutos bajo la lluvia y encontraron un albergue situado en un edificio pequeñito en el centro de la ciudad. Entraron empapados y, antes de avanzar más, en la entrada secaron sus ropas todo lo que pudieron para no mojar demasiado el establecimiento.

Pidieron una habitación hasta la mañana del día siguiente, y antes de pagar les indicaron que deberían compartirla. Tony le preguntó a Marina si prefería ir a otro lugar que sí ofreciera habitaciones individuales, pero contestó que no: estaba muy cansada, quería darse una ducha y, además, se empezaba a sentir mal.

Aceptaron, pues, y la recepcionista acompañó a la pareja hasta los que serían sus aposentos durante las próximas horas. Era una minúscula habitación sin muebles, con una litera de dos piezas en el lado derecho, y otra igual en el izquierdo. Había unas mochilas de viaje sobre los colchones de ésta última. La amable empleada les explicó que sus compañeros de dormitorio ya habían estado allí y dejado su equipaje, y que acababan de salir a ver los (escasísimos) encantos de la ciudad.

La recepcionista se fue y dejó sola a la pareja. Marina se tumbó en la cama inferior de la litera y se arropó con las sábanas hasta la cabeza, hecha un gusano.

—Eh, eh, ¡oye! —Tony le descubrió la cara—. ¿Qué haces tapándote con el calor que hace?

—Creo que me he puesto mala.

—Ay, pobre... —la besó en la frente—. Estás muy caliente, tienes fiebre. Habrá sido por la lluvia.

—No conozco a nadie que se resfríe tan rápido como yo —aquel comentario provocó una sonrisa condescendiente en Tony—. Al menos miraré el lado bueno: la lluvia ha traído una humedad que me hace bastante falta. La sequedad de esta zona me está destrozando la piel.

—Voy a pedirle a la recepcionista alguna pastilla, ¿vale?

—No, no...

—¿Por qué?

—No me gustan los químicos.

—¿Qué tontería es esa? Así sólo vas a conseguir tardar más en recuperarte, no me seas terca.

El teléfono de Tony comenzó a sonar e interrumpió la conversación. Era un número desconocido.

—¿Sí...?

—Hola, hola —una voz femenina—. Soy la señora de antes, la vecina de Rafael.

—¡Ah, hola! Un segundo —activó la opción manos libres para que Marina también pudiese escuchar—. ¿Ha aparecido Rafael? ¿Sabe algo de él?

—Sí. Lo he llamado y hemos hablado. Pese a que todavía es temprano —Tony miró la hora que indicaba la pantalla de su teléfono. 9:45— Rafael ya sabe que pasará la noche en la plantación de arroz. Os aviso porque creo que sería una tontería que estéis esperando hasta esta noche, porque no va a volver. Quizás os interese más coger un taxi e ir a buscarlo en persona.

—Le agradezco que nos avise. ¿Pero por qué va a pasar la noche allí? ¿Qué le ha ocurrido?

—Por lo visto, justo cuando llegaba a la plantación, su vieja camioneta empezó a dar problemas hasta que dejó de funcionar, y ya ni siquiera arranca. Desgraciadamente, da la casualidad de que los tres mecánicos que hay en Água Boa están fuera hasta mañana.

—¿Y? ¿No puede traerlo de vuelta algún compañero?

—Sí, pero eso supondría dejar la camioneta sola en mitad del campo, y él no se fia. Y la verdad es que hace muy bien, hay muchos bribones sueltos...

—Ah, de acuerdo... pues muchas gracias. Intentaré llamar a un taxi.

—De nada. Boa sorte (*buena suerte*).

Tony colgó y centró de nuevo toda su atención en Marina. Le agarró con ternura las manos.

—¿Qué hacemos?

—Ve tú —le dijo con una débil voz—. Yo no tengo fuerzas.

—¿Estás segura? ¿Estarás bien sola?

—¿Qué problema va a haber?

—Ninguno, pero... —miró al techo pensativo. Acercó hasta él la pesada mochila que acababa de dejar en el suelo, extrajo una de las pistolas y la colocó debajo de la almohada de Marina. La mochila la escondió debajo de la cama—. Por si acaso.

—No creo que haga falta, pero de acuerdo... llévate dinero para el taxi.

—Me llevo quinientos reales brasileños, por lo que pueda suceder. El resto lo he guardado en la mochila. Si alguien intenta quitártela —miró a la otra litera pensando en sus compañeros de habitación—, no dudes en disparar.

—Intenta no tardar mucho, cariño.

—Lo intentaré —la besó en la boca—. ¿Estás segura de que no quieres que te busque algún medicamento?

—Estoy segura. Creo que lo mejor que puedes hacer es sacarme de esta ciudad asquerosa cuanto antes.

—Lo haré.

Para cuando Tony salió del albergue ya no caía ni una gota. La lluvia había sido breve pero muy intensa.

La recepcionista llamó para él un taxi que ya le estaba esperando en la calle. Era una vieja tartana cuyas ruedas parecían que iban a soltarse de un momento a otro. ¿Desde cuándo llevaba ese coche circulando por la ciudad? ¿Desde los ochenta?

Le entregó el papel con la dirección al taxista. Durante el trayecto, éste le hizo algún comentario, pero como Tony no lo entendió, permanecieron callados el resto del tiempo.

Conforme abandonaban la ciudad, el paisaje que se observaba a través del cristal tornaba en una explanada verde a ambos lados de la carretera que parecía infinita: aquella era una tierra plana en la que ninguna montaña violentaba la perfecta línea que fundía el cielo y la tierra. ¡Qué diferente era todo aquello a la vieja Europa, y al mismo tiempo ni mejor ni peor!

Veintisiete minutos exactos duró el trayecto. Pararon en un campo, primero presidido por una hilera de vehículos pertenecientes a los jornaleros (entre los que se incluía la camioneta de Rafael) y, tras éstos, se abría paso un enorme arrozal delimitado por vallas. Aquella plantación era enorme y llegaba hasta donde la vista de Tony no alcanzaba.

Pagó al hombre, se bajó del taxi y se acercó hasta el arrozal, donde había quince o veinte hombres diseminados en distintos puntos y trabajando.

No tenía ni idea de cuál sería el aspecto de Rafael, así que sólo podía hacer una cosa para encontrarlo: llamarlo a gritos. Pronto, uno de los jornaleros se apresuró en acercarse hasta él.

—Eu sou Rafael (*soy Rafael*) —le tendió la mano, sucia, pero Tony no dudó en estrechársela con firmeza. Debía de tener treinta y pocos años. Era más joven que su hermano—. Tu falas portugués? (*¿Hablas portugués?*)

—No, español.

—No hay problema, aunque mi español está oxidado —en este punto, a Tony le sorprendía (para bien) la cantidad de brasileños que sabían hablar castellano. Supuso que sería por la influencia de los países vecinos—. Vamos a dar un paseo —el hombre comenzó a andar y Tony le siguió.

—¿Te dejan ausentarte del trabajo? —realmente le interesaba poco las consecuencias que pudiera acarrear ese hombre por escaquearse un rato, pero quería resultarle agradable.

—Sí, sí, no hay problema. Ya hablé con mi jefe. La de hoy es una ocasión especial. Traes noticias de mi hermano, ¿verdad?

—Eh, pues... —Tony estaba un poco nervioso y no recordaba bien la conversación con Marina en la que decidieron lo que debería decir. Estaba desorientado—, la verdad es que yo venía a pedirte información sobre Luciana.

—¿Pero cómo está él? ¿Está vivo?

—¿Hace mucho que no lo ves...?

—Sí. Ya lo sabrás, pero tuvo muchos problemas con las drogas. Mamá, cuando vivía, sufrió mucho por su culpa, y yo llegué a odiarlo por eso mismo. Era una situación difícil.

—Ya... comprendo —Tony tenía la sensación de que aquel hombre tenía la necesidad de expresar sus emociones, y era él quien iba a tener que aguantarle y escucharle.

—Nos robaba el poco dinero que teníamos y, por supuesto, se lo gastaba todo en consumir.

Era horrible, horrible —se echó las manos a la cabeza mientras continuaba andando—. Y luego esa maldita novia argentina...

—¿Luciana?

—Luciana. Tenía buenas intenciones. Quería alejarlo de las drogas, pero también de nosotros. Y lo consiguió, al menos lo último. Menuda zorra...

¿Menuda zorra? Tony repitió aquellas palabras para sus adentros. *Odia a Luciana. ¿Cómo le voy a decir ahora que soy su primo? Debo inventarme otra excusa, joder...*

—Y... ¿hace mucho que no lo ves?

—Catorce años. Insulté a su novia y no quiso saber nunca nada más de nosotros. Se mudó a Santa Francisqua. He intentado contactar con él muchas veces, pero siempre me ha rechazado. Desde que mamá murió, hace ya diez años, y no vino al funeral pese a que se le había avisado, desistí en intentar tener una relación normal con él.

Catorce años sin ver a su hermano le parecía mucho tiempo a Tony. Quizás Rafael no pudiera siquiera ayudarle.

—Cuando se fueron de la ciudad —continuó narrando— ella estaba embarazada, aunque creo que abortó. ¿Lo llegó a hacer o estoy equivocado?

Llegaron hasta uno de los límites de la plantación de arroz y saltaron la pequeña valla. Continuaron paseando.

—No, no abortó —contestó Tony, haciendo un esfuerzo mental en recordar la información contenida en el dossier sobre Gabriel y su familia que le entregó Oliveira—. Tiene una niña de trece años y un niño de siete.

—Mis sobrinos... —el hombre se tiró al suelo y comenzó a llorar como un bebé.

—Tranquilo, tranquilo... —Tony lo levantó. Sentía que era una situación ridícula, y tenía una tensión que le oprimía por dentro. Quería acabar con todo esto cuanto antes—. Están bien. No tienes que preocuparte por nada.

—¿Y mi hermano? ¿Dejó las drogas? —continuaron la caminata, que cada vez los alejaba más del arrozal.

—Sí —mintió. Realmente no tenía ni idea.

—¿Y sigue estando con Luciana?

—Sí, están prometidos.

—Ya lo estaban cuando se fueron de Água Boa.

—Pues lo siguen estando... —al menos eso ponía en el dossier.

—¿Tiene trabajo?

—Sí. Es camarero. Se ha convertido en un hombre honrado —casi se desternillaba en la propia cara de Rafael.

—Ah, me alegro mucho de escuchar eso... ¿y de qué conoces a mi hermano?

—Soy vecino suyo. Nos conocimos ya hace muchos años. Nos llevamos genial.

—Bueno, ¿y qué me querías contar sobre él?

Espera, ¿qué? Yo no te quiero contar nada sobre él. Quiero que lo hagas TÚ, pero sobre Luciana. Ya te lo he dicho, pero tú no has dejado de hablar en todo momento. Oh, joder, qué pesado eres.

—En realidad, quería pedirte un favor...

—¿Sí? —Rafael escuchaba con atención.

—¿Sabes de dónde es Luciana?

—Sí, de Argentina.

—Sí, eso ya lo sé. Me refiero a qué ciudad.

—¿No lo sabes tú?

—¿Cómo?

—Deberías saberlo. Eres amigo de ellos desde hace mucho. ¿Para qué lo quieres saber?

—Eh, a ver... —intentó improvisar lo más rápido posible—. Es que no están en casa. Se han marchado a Argentina. Y es muy urgente que la vea, pero no sé dónde tiene Luciana casa allí. Supongo que tendrá una, ¿no?

—¿No sabes si tu amiga y vecina Luciana tiene o no tiene una casa en Argentina...? —*Mierda*. Le estaba pillando las mentiras—. Bueno, ¿y por qué tienes que verla con tanta urgencia?

—Eso es privado, no te lo puedo decir —más bien no se le ocurría qué decir.

—¿Y por qué no la llamas por teléfono y le preguntas dónde está? —su tono sonaba inquisidor.

—Porque... —Tony suspiró. Tenía un nudo en la garganta y un deseo enorme de vomitar. Se estaba mareando con aquella conversación en la que estaba perdido—. He cambiado de móvil y no tengo su contacto...

—No voy a creerme tus mentiras —Rafael se paró en seco, hablando muy firmemente—. No la buscas a ella, sino a mi hermano. Te debe dinero, ¿no? Por drogas, probablemente. Todo lo que me has contado es mentira. Lo quieres perseguir para darle una paliza, ¿verdad? ¡Ah, qué listo soy! ¡No me puedes engañar! —a medida que hablaba la película que se estaba montando era más y más errante.

Tony sentía una mezcla de odio y tristeza hacia ese campesino. Le estaba haciendo perder más tiempo de la cuenta.

—Muy bien, se acabó —sacó una pistola del interior de su chaqueta y apuntó a Rafael—. Dime dónde coño puede estar Luciana.

En un primer momento Rafael quedó paralizado al ver el arma, pero tras unos segundos se armó de valor:

—Eso es una pistola de juguete. ¡No me das miedo! —se arremangó las mangas de la camisa en un gesto desafiante—. ¡Vamos a pelear!

—Oh, joder, se me está acabando la paciencia...

Tony no quería disparar. Estaban bastante alejados de cualquier sitio, incluso de las plantaciones de arroz. A su alrededor no había nada, excepto campo y una carretera por la que no transitaba ningún coche. Sin embargo, si apretaba el gatillo, el disparo probablemente se escucharía desde bien lejos, y se metería en un problema. Le buscarían. No quería ponerse en esa tesitura ya que sería cavar su propia tumba.

Pero Rafael se abalanzó contra Tony. Le dio un manotazo, la pistola salió volando y cayó a unos metros de distancia. Era un hombre delgado, poco robusto, pero tenía fuerza.

Ambos se enzarzaron en una pelea en la que sus únicas armas eran los puños. Se golpearon, se patearon, se mordieron y se empujaron. Rafael logró golpear a Tony peligrosamente cerca del ojo derecho, al riesgo de hacerle perder la visión.

El campesino luchaba bien, pero Tony mejor. Estaba instruido en peleas callejeras desde hacía muchos años, amén de que era un hombre corpulento y fuerte.

Logró darle una patada que lo lanzó de espaldas al suelo, y aprovechó esta coyuntura para hacerse de nuevo con su pistola. Pegó un disparo al aire a modo de advertencia. El sonido del balazo retumbó en sus oídos fuertemente. Probablemente más gente lo hubiese escuchado.

—¿¡Me crees ahora, imbécil!? —lo volvió a apuntar.

Rafael se levantó del suelo lentamente, con los brazos en alto en señal de rendición.

—Vale, vale, no es ningún juguete...

—Dime de una puta vez dónde puede estar Luciana —lo apuntaba a la cara.

—No puedo hacerle esto a mi hermano, ponte en mi lugar...

—Tú eres el que se va a poner en su lugar —recalcó con fuerza ‘su’—. Gabriel está muerto, estúpido. Lo maté yo mismo.

—¿Cómo...? —unas lágrimas brotaron de Rafael.

—¡Oh, Dios, qué llorica...! —se acercó hasta él y le propinó un culatazo en el pecho, haciéndolo retroceder de dolor. Lo volvió a apuntar—. Ya no puedes ayudar a tu hermano. La que me interesa es Luciana. La odias, ¿verdad? Entonces no te costará decirme dónde puede estar... además, si no lo haces, te vuelo la cabeza.

—Vale, vale, hablaré...

—Y ni se te ocurra engañarme —agitó la pistola con fiereza—. Sé dónde vives, recuérdalo. Si me engañas, volveré y te mataré.

—No tengo motivo alguno para engañarte... la persona a la que quiero, mi hermano, ya no vive... por tu culpa... eres un asqueroso —Tony estaba a punto de apretar el gatillo. No soportaba aquel show emocional—. Luciana me da igual, no le tengo ningún aprecio... no voy a perder mi vida por ella... tan sólo déjame pedirte un favor, te lo suplico...

—¿Quéeeeeeeee? —alargó las sílabas impacientemente.

—No le hagas daño a mis sobrinos.

Tony hizo una mueca. No era su intención hacerlo. Los niños no tienen culpa de nada, y los de Gabriel y Luciana no iban a ser menos. Bastante desgraciados eran ya al haber perdido a su padre.

—Descuida. Ahora, dime dónde puede estar Luciana.

—Junín, ella es de Junín. Es una ciudad en la provincia de Buenos Aires. Que yo sepa, no posee ninguna propiedad en Argentina, o al menos era así hace muchos años. Supongo que estará en casa de sus padres.

—Vale. ¿Qué más me puedes decir?

—Sé que la casa familiar está justo en frente del Estadio Eva Perón... recuerdo especialmente esto porque Luciana lo solía decir muy asiduamente; era una entusiasta peronista. A parte, no puedo contarte nada más. Ya sabes que apenas tenía relación con ella.

Tengo suficiente información.

Tony se aseguró de que el cañón apuntaba a Rafael entre ceja y ceja, y preparó el dedo para disparar.

—Espera, espera... —gritó asustado, todavía con los brazos en el aire—. Te he ayudado, joder, ¡te he dicho todo lo que sé! ¿De verdad me vas a matar?

Claro que te voy a matar, pensó Tony. *¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Cómo iba a permitir dejarte libre, a riesgo de que, cuando me largue de aquí, llames a la policía? No, no quiero más problemas. Lo más seguro es eliminarte.*

—Eres una mala persona —manifestó Rafael, ante el desagradable silencio de Tony.

Por alguna razón, tal comentario le molestó muchísimo. *Mala persona.*

—¡Yo no soy una mala persona! —escupía saliva al tiempo que hablaba—. ¡Yo no soy una mala persona, ¿me oyes?!

—Claro que lo eres. No te he hecho nada y vas a acabar conmigo, al igual que hiciste con mi hermano. Eres un ser despreciable. Un asesino que probablemente se crea superior a un jornalero como yo, que me gano mi pan honradamente.

—¡Tengo que disparar, no me la puedo jugar, bastante cogido por los huevos estoy ya! —casi parecía que Tony fuese a expulsar bilis por la boca. Estaba en un estado de alteración absoluto.

—Eres como mi hermano —susurró Rafael con tristeza—. Cuántas veces le habré explicado que el crimen no es la única salida. Y cuántas veces me habrá desoído... —el campesino se arrodilló en el suelo y abrió los brazos en forma de cruz—. Vamos, acaba conmigo. Al menos moriré de forma honrada. Adelante.

Aquella era una imagen impresionante. Rafael, frente al que estaba a punto de convertirse en su verdugo, se mostraba con más endereza que el propio Tony, que estaba a travessando una gran crisis interna. Quizás ésa es la recompensa de tener una vida tranquila y alejada del mal: ser capaz de vivir con la misma paz que aquel hombre.

Marina se le venía a la mente una y otra vez. Recordó todas las veces en las que, por su culpa, había sufrido y llorado, especialmente desde que la arrastró a Brasil. Porque sí, la había arrastrado: puede que ella pensase que lo había seguido por decisión propia, pero no. Tony le pidió que lo acompañara, siendo consciente de que el amor que Marina profesa por él es tan grande que lo iba a hacer ciegamente. Él también la amaba mucho, pero no la amaba bien. Si de verdad quería lo mejor para ella, debería haber abandonado España sin decirle lo más mínimo, cortando el contacto para siempre. Pero no, Tony no era suficientemente fuerte como para avanzar sin la compañía y sin la energía que le transmitía Marina. La amaba tanto que él, casi sin darse cuenta, se había convertido en su mitad, y ella en la de él. Ya no podían hacer nada el uno sin el otro.

Se le vino a la mente todas las veces que Marina le suplicaba que tuvieran una vida normal, con un trabajo normal; su gran ilusión era tener un negocio en la playa. Oh, joder, ¿por qué no complacerla? Ella había sacrificado mucho por él, ¿pero Tony? Tony seguía en su zona de confort, haciendo las mismas cosas que siempre.

Fue en este momento cuando comprendió que, aunque la amaba con locura, no la trataba bien, pese a pensar que sí lo hacía. No podía continuar así.

Sintió ganas de dispararse a la sien. Se apuntó en el cráneo con la pistola, ante la atónita mirada de Rafael. Quería hacerlo, quería dispararse, aunque sabía que ésa no era la solución.

Su dedo apretaba el gatillo inconscientemente, no lo controlaba. La bala salió del cañón, pero Tony tuvo los reflejos suficientes para apartar la pistola de su cara y apuntar al cielo. La bala se perdió entre las nubes.

—Joder... —dijo jadeando y tembloroso. Se guardó la pistola en su chaqueta.

—Gracias —susurró Rafael.

—¿Por qué?

—Por recapacitar.

—De nada —se limitó a decir y calló durante largo rato.

—Creo que deberías irte de aquí —le aconsejó el campesino—. Estoy seguro de que alguien habrá escuchado los dos disparos que has pegado y se acercarán a investigar, si es que no han llamado a la policía.

—Tienes razón. Un placer haberte conocido, Rafael.

—No puedo decir lo mismo.

Tony salió a correr campo a través dirección hacia la ciudad. Le quedaba todavía un camino muy, muy largo, y probablemente antes de llegar a la mitad cayese agotado al suelo. Pero, por ahora, corría con todas sus fuerzas, como si un gran peligro lo acechase.

## 8

Mientras tanto Marina permanecía en la cama, pero ahora sobre las sábanas y no arropada como antes. Cuando Tony se marchó, su estado había empeorado y la fiebre acentuado, así que, hiriendo su orgullo de naturista, optó por pedirle alguna pastilla a la recepcionista, que le ofreció sin problema un medicamento muy bueno que rápidamente le había estabilizado la temperatura del cuerpo. Ya se sentía mucho mejor.

Aun así le dolía un poco la cabeza, pero quizás, lo que más le molestaba en ese momento era el terrible aburrimiento del que era presa. Deseaba que llegara Tony de una vez por todas y abandonar aquella ciudad tan soporífera. Si hubiese tenido alguna novela entre sus manos, la espera hubiera sido menos tediosa.

Entonces recordó algo. Sacó la mochila de debajo de la cama y extrajo de ésta su teléfono móvil. Se conectó a Internet y comprobó el buzón del correo electrónico, por si alguien se había acordado de ella. ¡Tenía un nuevo mensaje de su amiga Lucía! Lo había recibido hacía unos treinta minutos. Se dispuso a leerlo:

## EMAIL V: LUCÍA A MARINA

5 de Julio de 2019:

Marina, ¡¡¡eres una inconsciente!!!

Ayer me mandaste un mensaje cuando sabías que ya debía estar reunida con la policía. ¿Cómo se te ocurrió? Es muy peligroso, tía.

Afortunadamente el interrogatorio comenzó con retraso y todavía no había entrado en el despacho del poli que me atendió. Escuché el pitido de tu mensaje, me puse nerviosa, lo abrí y lo leí lo más rápido que pude antes de que me pillaran. Lo borré, por supuesto. Pero eso no es lo que me preocupa...

El interrogatorio fue bien, pero tras éste me pidieron mi teléfono móvil. Tenían autorización judicial, así que no me pude negar. Lo tuvieron desde entonces hasta ahora mismo, que lo acabo de recoger. Veinticuatro horas sin él.

No me han comentado nada; simplemente, que me podía ir tranquila. Pero no los creo. Estoy segura de que habrán analizado el teléfono al máximo, mensajes borrados incluidos. Probablemente le hayan puesto algún software extraño y estén leyendo todo esto que te escribo.

En fin, amiga, yo te recomendaría que huyas de donde estés. Puede que vayan a por ti y sobre todo a por Tony, que tiene infinitos más delitos que tú a sus espaldas.

También considero que lo más prudente es que, por ahora, no nos comuniquemos. Ya lo haremos cuando pase toda esta tormenta.

Mucha suerte y, como siempre, ya sabes que aquí me tienes para todo lo que necesites.

Lucía.

Marina terminó de leer y reposó el móvil sobre su pecho. Permaneció un rato en esa postura, mirando hacia arriba, pensativa.

Mierda. La he cagado. Empezó a hiperventilar. Intentó tranquilizarse, pero el corazón parecía que iba a salirsele.

Por mi culpa la policía nos va a pillar. Por mi puta necesidad de contactar con Lucía, pese a que Tony me había advertido que era peligroso. Oh, joder. Se pegó un guantazo a sí misma para castigarse por su error.

*Tony dirá que todo está bien, que no pasa nada. Él es tan bueno conmigo... y yo tan torpe.* Volvió a pegarse.

Se levantó y su cuerpo se abalanzó inconscientemente a la ventana en busca de aire. Asomó la cabeza e inspiró hondamente. Las vistas de la habitación daban a un callejón sucio en el que vio corretear a un par de ratas. Asqueada, Marina volvió a tumbarse sobre su cama.

Ya no hay nada que hacer, sólo esperar, se decía a sí misma ya más sosegada. *No puedo cambiar la situación desde esta habitación y sin Tony.*

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una puerta que se abrió y por la que entraban dos hombres altos y fuertes de unos veinticinco años, y que quedaron tan sorprendidos como Marina al descubrirla en la habitación. Eran sus compañeros de cuarto.

—¡Oh, pero bueno! Mira lo que tenemos aquí —le dijo uno de ellos al otro, lanzándole una mirada y una sonrisa cómplices—. Boa tarde, linda (*Buenas tardes, linda*) —dijo ahora dirigiéndose a Marina.

Ella no contestó. Tan sólo los miró de soslayo y prefirió permanecer callada; no le daban buena espina.

Los dos jóvenes se sentaron en la cama inferior de la otra litera, y observaban fijamente a Marina, que se sentía absolutamente violentada. ¿Por qué no apartaban la vista de ella? En ese momento deseaba salir corriendo de aquella habitación e ir a un lugar seguro, lejos de aquellos dos tipos tan grandes. Sus músculos se tensaron.

—Es guapa, ¿eh? —se rieron.

Nuestra protagonista tragó saliva. Tenía la acertada certeza de que estaba a punto de vivir una situación muy desagradable.

—Não falas? (*¿No hablas?*) —se dirigió el otro a Marina.

—Soy española —suspiró, les dedicó una rápida mirada e, intentando darles a entender que no tenía interés ninguno en seguir aquella conversación, se recostó con el cuerpo mirando hacia la pared, es decir, dándoles la espalda.

—¡Ah, de la madre patria! —dijo uno de ellos con mucho interés.

Marina no sabía distinguir bien los acentos latinoamericanos, pero intuía que aquellos chicos debían de ser ecuatorianos o peruanos.

Escuchó unos pasos dentro de la habitación y cómo alguno de esos dos individuos cerraba con llave la puerta. ¿Qué diablos hacía...? Se volteó en la cama, sobresaltada, y comprobó que, efectivamente, uno de ellos acababa de cerrar la puerta.

—¿Qué ha... hacéis...? —estaba tan nerviosa que ni siquiera podía hablar con fluidez.

—¿Alguna vez te has tirado a una españolita? —le preguntó el de la puerta al otro.

Oh, no, oh, no: los temores de Marina estaban a punto de hacerse realidad.

—No, pero esta chica tiene cara de viciosa y de tener un buen coño, ¿eh, amigo?

—¡Ni se os ocurra! —gritó Marina—. ¡Ni se os ocurra! ¡Si esto es una broma —sabía de sobra que no lo era—, paradla o gritaré y se liará!

—¡Mira, la española tiene carácter!

—Grita todo lo que quieras, puta, pero la recepción queda muy lejos de aquí. Nadie te va a socorrer —comentó el otro.

En eso tenían razón. Puede que la recepcionista no la oyese si no gritaba con suficiente ímpetu, pero al menos, suponía, los huéspedes del albergue que tuvieran una habitación cerca y estuvieran ahí deberían escucharle.

—¡Socorro, socorro, que me quieren violar, socorro...! —comenzó a vociferar al cielo.

Uno de los muchachos se abalanzó contra ella y le tapó la boca con la mano; el otro se apresuró en cerrar la ventana para que no se escuchara en el exterior.

Marina le mordió la mano al que estaba sobre ella, y éste gritó de dolor.

—¡Puta! —la abofeteó con todas sus fuerzas.

Aquel golpe retumbó en la habitación, rápidamente se le inflamó la mejilla. Esta escena le recordó a aquella que había vivido con Diego hacía tan sólo unos pocos días. Él también la había pegado mientras intentaba violarla, pero no con tanta potencia.

En esta ocasión estaba ante dos hombres-animales contra los que tenía pocas posibilidades. Luchar contra ellos en esta circunstancia de clara desventaja sólo hubiese supuesto que le dieran una paliza, así que optó por dejarse hacer y buscar un instante apropiado para coger la pistola, que estaba bajo la almohada.

El que la había golpeado la desvistió con rudeza, arrancándole de cuajo la blusa y los pantalones vaqueros. El otro acababa de descubrir la mochila escondida bajo la cama y rebuscó en ella esperanzado en encontrar algo valioso.

—¡Oh, amigo, mira esto! —manifestó alegre, sosteniendo un fajo de billetes que hacían un total de más de veinte mil reales—. ¡Mira lo que tenía esta putita aquí escondido! —lanzó una carcajada muy animada.

—Ahora mismo me interesa más esto —dijo el otro mientras besaba el cuello y el pecho desnudo de Marina, que se sentía absolutamente sucia y asqueada.

No contestos con violarme, encima me roban. Oh, joder, no sé qué haremos Tony y yo sin un duro.

Entonces, para sorpresa de todos, alguien, al otro lado de la puerta, golpeó suavemente ésta un par de veces:

—Ei, tudo bem? (*Eh, ¿todo bien?*) —era la voz de un hombre, probablemente otro huésped.

—¡Socorro, ayúdeme...! —gritaba desgañitándose. Ésta era su oportunidad.

—Tudo muito bem (*todo muy bien*) —alzó la voz el opresor de Marina—. Cállate de una jodida vez —le susurró ahora a ella, al tiempo que la volvía a abofetear y le tapaba la boca con la mano de nuevo.

Fuera, en el pasillo, se comenzaron a escuchar otras voces: curiosos que salían a ver qué ocurría e incluso intentaban girar el pomo de la puerta. A continuación, unos pasos que iban a venían con rapidez. Marina tenía la esperanza de que alguien fuese a avisar a la recepcionista, que podría abrir con su llave.

—Nos tenemos que ir de aquí ya —dijo el que acababa de coger el fajo de billetes, que ahora guardaba en el interior de su chaqueta.

—Espera, seré rápido —el otro hombre estaba obcecado con violar a Marina, pese a que en cualquier momento podían entrar y atraparle. Se desabrochó el pantalón torpemente.

—No voy a esperarte, joder —manifestó el otro y saltó por la ventana. Era un segundo piso, conque en la caída no se hizo demasiado daño.

Marina alargó el brazo y buscó a ciegas la pistola debajo de la almohada. La cogió y apuntó al hombre que la tenía aprisionada, pero él, antes de que le diera tiempo a disparar, le apretó y retorció la muñeca con tanta fuerza que la pistola cayó al suelo.

Cuando todo parecía perdido para nuestra protagonista, comprendió que su salvación acababa de llegar y estaba al otro lado de la puerta:

—¿¡Qué es esto!?! ¿¡Qué está pasando!?! —era Tony notablemente alterado: sabía que algo malo le ocurría a Marina.

Su primera reacción fue intentar abrir la puerta, pero se topó con que estaba cerrada, por lo que comenzó a embestirla una y otra vez con todo el peso de su cuerpo.

Marina, por su parte, seguía resistiéndose ante su opresor e intentando ganar tiempo.

Finalmente, la puerta cedió y cayó al suelo. Tony, al ver lo que ocurría, se abalanzó contra aquel desconocido que tenía entre sus garras a su novia. Le oprimió la garganta con una mano, y con la otra lo golpeó repetidamente en la cara, haciéndole perder varios dientes.

Tras esto, lo arrastró hasta la ventana y descargó toda su furia defenestrándolo. Como ya se ha indicado, la distancia al suelo no era mucha, pero como el hombre cayó de cabeza murió en el acto. Marina temblaba del miedo, del miedo por lo que acababa de vivir y por ver a Tony tan violento: era consciente de que su agresividad se debía al deseo de protegerla, pero aun así esa faceta suya tan primaria y descontrolada la aterraba.

—¡Aquí no hay nada que ver! —gritó Tony, todavía furioso, a todos los curiosos que observaban la escena en el pasillo, que no eran pocos. De haber estado la puerta encajada, la hubiese cerrado en sus narices.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó a Marina jadeando y acariciándole la cabeza.

—No me han hecho nada, no te preocupes. Sólo me han golpeado.

Tony rebuscó en la mochila y encontró unos pantalones que le entregó a su novia, que estaba desnuda ante todo el mundo. Como no había ninguna pieza superior de repuesto, él mismo se quitó su camiseta, dejando al aire su esculpido torso y fuerte espalda, y se la dio a Marina, que se la puso inmediatamente.

—Había otro más. Se ha llevado todo el dinero —dijo apenada.

—No pasa nada. Vámonos de aquí —la ayudó a levantarse de la cama y se colgó a la espalda la mochila.

Justo antes de marcharse de la habitación, Tony se percató de que había unas llaves eléctricas de coche abandonadas en la otra litera.

—¿Y esto? —preguntó.

—Supongo que se les habrán caído...

Las cogieron y, ahora sí, ante la atónita mirada de todo el mundo, salieron corriendo de aquel albergue.

Fueron hasta el aparcamiento del edificio, y Tony pulsó el botón del mando del coche. Las luces de uno de los vehículos se iluminaron.

Ahí está.

—Ellos nos han robado cinco mil dólares, pero nosotros al menos tendremos un coche —dijo Marina, que se subió en el lugar del copiloto y Tony al volante.

Comenzaron a conducir y tomaron una de las salidas de la ciudad, con el GPS del móvil indicándole el camino a seguir para llegar a Santa Francisqua.

—Eh, ¿por qué tienes sangre en la boca? También tienes moretones... ¿qué te ha pasado? —era entonces cuando Marina descubría los resultados de la pelea entre Tony y Rafael. Había estado tan alterada desde lo ocurrido en el albergue, que no se había percatado del terrible aspecto de su novio.

—Digamos que tuve un altercado con el hermanito de Gabriel. Pero no te preocupes, salí ganando.

—Oh, joder, pobre... cuando lleguemos te curaré las heridas. ¿Has averiguado algo?

—Sí. Según me ha dicho, Luciana es de Junín, una pequeña ciudad cercana a Buenos Aires. Que él sepa ella no tiene ninguna propiedad en Argentina, pero sus padres viven frente al estadio de la ciudad, o al menos era así hace muchos años, pues hace ya bastante que no tiene relación con su cuñada.

—Entonces sólo nos queda solucionar el tema de los documentos de identidad.

—Así es.

Tras Tony haber abandonado a Rafael en el campo, corrió por la carretera hacia Água Boa durante un largo rato. Tal y como él temía, muchos trabajadores de la plantación de arroz y de otras cercanas habían escuchado los disparos, pero él logró abandonar aquella zona antes de que nadie diera con él. Al poco tiempo, un amable vecino de la ciudad con el que se cruzó y que iba en coche se ofreció a llevar a Tony. Si no hubiera sido por este héroe anónimo, Tony no hubiese llegado lo suficientemente rápido al albergue, y quién sabe lo que hubiera ocurrido.

—Ha sido un día difícil —apuntó Tony.

—Lo está siendo. Todavía no ha acabado.

—Es verdad. Ahora posiblemente también nos persiga la policía brasileña, además de la española. Todo es una mierda. No vamos a salir de ésta.

—¡Oye, ni se te ocurra decir eso! La pesimista aquí soy yo —le sonrió y él le devolvió el gesto.

—Dices que eran dos en la habitación, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes a dónde se fue el otro? Todavía puedo dar media vuelta y matarlo...

—Déjalo, no nos merece la pena. Además, no tengo ni idea de dónde estará.

—Míralo por el lado bueno —parecía que Tony estaba a punto de soltar un chiste.

—¿Lo hay?

—Por supuesto. Estás tan buena que todo el mundo te quiere violar.

La pareja rio alegremente. Parecía increíble que fueran estas situaciones tan difíciles las que más les unieran: mientras peor estaban, más juntos se sentían el uno del otro. Permanecieron un rato en silencio mirando a la infinita carretera.

—Te noto muy callado.

—He estado pensando —respondió al cabo de unos segundos.

—¿Y...?

—He comprendido que tienes razón, que no te mereces esta vida de crímenes que te estoy forzando a seguir.

—Oh, Tony... —le puso la mano en la rodilla—. Soy libre de hacer lo que quiero, tú no me obligas a...

—Sí lo hago, Marina —la interrumpió—. Inconscientemente, pero lo hago. Tu amor por mí es tan fuerte que te sacrificas y me sigues en esta vida de tropelías que tengo.

Marina suspiró y saboreó sus palabras. *Quizás tenga razón.*

—Así que ahora —continuó hablando— voy a ser yo quien te demuestre mi amor, y voy a hacer realidad tus sueños: tendremos una jodida vida normal, y un jodido negocio normal. Sin crímenes, sin violencia.

—Y cerca de la playa.

—¡Pues sí! Sólo me hace falta cometer un delito más para darte todo eso, mi amor.

—Te agradezco todo lo que dices y tu empeño por hacerme feliz —le apretó la mano derecha, que la tenía agarrada al volante—, pero no quiero que te estreses... las cosas llegan solas, y ya está.

—Las cosas se pueden provocar y buscar.

—Puede ser.

Marina le echó una ojeada al GPS, y vio que éste indicaba que el trayecto hasta Santa Francisca demoraría unas nueve horas. «Oh, Dios, va a ser eterno».

—No te creas —dijo Tony, y, aprovechando que la carretera era recta en casi todo momento, aumentó la velocidad, pasando de cien km/h hasta ciento sesenta.

—¡Quiero llegar viva! —le advirtió.

—Llegarás.

Al cabo de unos minutos el móvil de Tony comenzó a sonar.

—¿Quién es? —preguntó él, ocupado en la carretera.

—Dom —dijo Marina tras comprobar el nombre en la pantalla.

—¿¡Dom!? No lo cojas.

—A lo mejor nos quiere contar algo que ha averiguado... quizás estábamos equivocados respecto a que nos quiere engañar.

—Si él ya hubiese localizado a la familia de Gabriel, los hubiera asesinado a todos y quedado con el botín, y por supuesto sin decirnos nada. Si nos llama es porque le hacemos falta, porque no sabe dónde buscar. Posiblemente está más perdido que nosotros.

El teléfono dejó de sonar.

—Podemos mentirle, Tony. Decirle que no sabemos nada, que ya no hay familia de Gabriel en Água Boa, que el viaje ha sido en balde... a ver qué dice.

Tony meditó esta opción que le proponía su novia, pero entonces sonó un pitido en el móvil.

—Ha dejado un mensaje de voz —le advirtió Marina.

—Reprodúcelo.

Hey, Tony, Marina, hola... os llamaba para preguntaros cómo os va. ¿Habéis averiguado algo? Por cierto, ¿os ha llamado Oliveira para preguntaros por mí? Debe de estar hecha una fiera al ver que me he ido.

Yo estoy en Buenos Aires, buscando información y eso. Es una ciudad muy grande, conque me está costando bastante, pero si averiguo lo que sea no dudéis en que os avisaré.

En fin, llamadme cuando escuchéis esto, por favor. ¡Tenemos mucho dinero que repartir!

—Ahí tienes la prueba, Marina. Sólo quiere utilizarnos.

—¿Has escuchado lo del fondo? —dijo Marina frunciendo el ceño.

—¿El qué? —Tony no sabía a qué se refería—. Se escucha mucho barullo, pero...

—Está en una estación de trenes.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —Tony se alarmó.

—Sí. Frena para que haya silencio.

Tony obedeció, paró el coche y apagó el motor. Marina reprodujo de nuevo el mensaje, esta vez con el volumen del móvil al máximo y acercándose ambos el altavoz a los oídos.

—Atento al fondo cuando dice «yo estoy en Buenos Aires»...

En esta ocasión, Tony escuchó nítidamente lo mismo que Marina: «El tren con destino a Junín llegará en quince minutos».

Oh, joder, oh, joder, oh, joder, oh, joder, repetía para sí mismo Tony una y otra vez con las manos en la cabeza.

—Y pensábamos que le llevábamos ventaja...

—Probablemente encontrase alguna pista en el apartamento de Gabriel antes de que llegáramos —Tony arrancó el coche y retomó el viaje.

—Ay... si yo no hubiera estado tan nerviosa en ese momento y no te hubiese pedido entrar en la cafetería...

—Ni se te ocurra culparte ahora, Marina. Sabe que debe buscar a Luciana en Junín, pero probablemente no sepa dónde con exactitud. Nosotros, al menos, sabemos que sus padres vivían frente al estadio. Él no, y por eso nos pide ayuda. Le hacen falta datos.

—Junín tiene unos noventa mil habitantes —le comentó su novia mientras comprobaba ese dato en Internet—. Es una ciudad lo suficientemente grande como para que tarde en encontrar a Luciana. Supongo que tenemos tiempo.

—La cuestión es si tenemos el tiempo suficiente.

## 9

Once y media de la noche. Tony aparcó el vehículo robado en la explanada de tierra que había junto a la fábrica. Todo estaba muy oscuro, el polígono industrial casi desértico y apenas unas pocas farolas alumbraban la calle.

—Pues ya estamos aquí.

—Tengo miedo —confesó Marina.

—¿Por qué?

—Porque vamos a tener que mentir, y se me da fatal.

—Déjame a mí —se reclinó hacia ella y la besó durante un minuto. Se separaron y bajaron del vehículo.

Caminaron hasta la puerta trasera de la fábrica, aquella por la que entraron la primera vez de la mano de Dom.

Tony la aporreó tres veces. Esperaron un minuto, pero nadie abrió.

—A lo mejor no hay nadie —se temió Marina.

—Ni idea.

Volvió a insistir y esta vez sí se escuchó ruido al otro lado. Abrió un hombre que había estado en el interrogatorio de Gabriel, aunque no recordaban su nombre.

—Buenas noches —lo saludó educadamente Tony.

El brasileño, descortés, se limitó a indicarles con un gesto que entraran. Cerró la puerta tras ellos pasar.

Ahí seguía todavía el cuerpo de Gabriel, más de cuarenta y ocho horas después, sentado en la silla, inerte, en la misma postura en la que le dejaron y con el cuerpo entero manchado de sangre coagulada. Además, ya comenzaba a supurar y se podía advertir un leve hedor en toda la habitación.

El estómago de Marina comenzó a revolverse; Tony, por su parte, si bien le resultó una escena muy repugnante, mantuvo el tipo con mayor endereza. ¿Por qué no se habían desecho del cuerpo? ¿Es que no tenían una redada, o algo así?

—¿Dónde está Oliveira?

—Em seu quarto (*en su cuarto*) —contestó con sequedad y se marchó de allí.

La pareja subió a la planta superior y, primero, pasaron por su habitación, donde dejaron la pesada mochila. A continuación, fueron hasta la de Flavia, donde pegaron antes de entrar. Ésta les indicó que pasaran.

—¡Oh, chicos! —dijo entusiasmada al verlos. Parecía mucho más alegre que cuando se conocieron. Quizás, se debiera a que ya creía el momento de recuperar ‘sus’ joyas más cerca.

—¿Te hemos pillado durmiendo? Perdón —se apresuró en disculparse Marina cuando vio que la bella y elegante mujer vestía un camisón y estaba tumbada en su cama.

—No os preocupéis —se levantó para estar a la misma altura que la pareja—. Contadme, por favor. ¿Cómo ha ido? He estado preocupada. ¿Ni una llamada me habéis hecho!

Aquella Oliveira, definitivamente, no tenía nada que ver con la que habían conocido en el anterior encuentro. Cuando pensaban que los iba a maldecir por despertarla, su reacción resultó ser totalmente contraria. En fin, le narraron todas las peripecias que habían vivido desde que partieron hacia Água Boa, así como la información obtenida. Flavia, a su vez, les preguntó si

sabían algo sobre Dom; les explicó que había desaparecido repentinamente de la fábrica sin decir nada a nadie, y que eso era muy extraño en él. Era exactamente lo que Tony y Marina supusieron que les comentaría. Ellos, por supuesto, se hicieron los tontos.

—He encontrado a alguien que os dará una identidad falsa a cada uno —les dijo Oliveira—. Ya las tiene preparadas: tan sólo queda tomaros una fotografía de rostro.

Pese a los prejuicios que albergaba Tony según los cuales Flavia no era una mujer demasiado competente, en este aspecto había resultado serlo: les había prometido a la pareja que pronto encontraría a alguien que les resolviese este trámite y así fue.

Como el tiempo corría en contra Tony y Marina, le pidieron a Oliveira encargarse de esta tarea cuanto antes, así que la brasileña telefoneó a Nardo (el hombre que les había preparado los documentos) para asegurarse de que estaba en casa. Le contestó que sí y Tony fue rápidamente a por su mochila, donde metió algo de ropa limpia y comida. Tenía en mente abandonar Santa Francisca tan rápido como obtuvieran los carnets.

Se subieron en el coche personal de Flavia y ésta condujo hasta el apartamento de Nardo.

## 10

Llegaron a la una menos cuarto de la madrugada. Aparcaron y subieron hasta el apartamento, situado en pleno cogollo de la ciudad. Oliveira y Nardo se saludaron muy efusivamente. Él no hablaba nada de español, así que Flavia hizo de intérprete.

El hombre les condujo a una sala de su piso que servía de estudio fotográfico, donde tenía varios focos y un fondo blanco, todo bastante profesional.

Primero le realizó una foto de frente a Marina, y después otra a Tony. Estuvo unos minutos editándolas en su ordenador, y no tardó demasiado en tenerles preparado a ambos su respectivo pasaporte y DNI, con nacionalidades argentinas. Sus nuevos nombres eran Marcelo Acosta y Marianna Flores. «En la aduana forzad el acento», les advirtió Oliveira.

—Jamás te llamaré Marianna —bromeó Tony con Marina.

Bajaron de nuevo a la calle y discutieron los últimos detalles antes de partir: estaba la opción de volar en avión hasta Buenos Aires y, desde ahí, coger un tren a Junín, pero temían que, como en los aeropuertos la seguridad es siempre muy elevada, pudieran pillarlos a través de las cámaras de reconocimiento facial. Así pues, se decidió que viajar por carretera era lo más seguro, aunque el trayecto sería mucho más largo.

Oliveira decidió prestarles su propio todoterreno, por si ya habían denunciado el robo del vehículo que la pareja trajo desde Água Boa. Nardo también falsificó unos documentos en los que hacía constar que el coche les pertenecía.

Finalmente, Flavia les entregó, de su propio bolsillo, unos tres mil reales para subvenir a todos los gastos que pudiera haber. Resultaba extraño todas las molestias que se estaba tomando la mujer para mandar a Tony y Marina a recuperar las joyas, en lugar de ir ella misma.

Salieron de la ciudad a la una y media de la noche, tomando la ruta 364 hacia el sur. Había dos opciones: atravesar Paraguay y desde allí alcanzar la frontera argentina, trayecto a priori más corto, o llegar hasta el sur de Brasil y desde allí ya cruzar al otro país. Optaron por esta segunda opción porque suponía pasar por sólo una aduana.

El GPS les indicaba que tardarían unas treinta y cinco horas en llegar a su destino, por supuesto sin contar las paradas que hiciesen. Tan sólo en pensar en el largo viaje que les quedaba por delante les daba dolores de cabeza.

Como Tony estaba muy cansado por todas las horas que había pasado conduciendo desde Água Boa hasta Santa Francisca, Marina decidió ponerse al volante, pero su novio le pidió que parase en el primer hotel que vieran: en un principio tenían pensado que, mientras uno condujera, el otro dormiría, pero finalmente optaron por aprovechar la noche para descansar y estar al máximo de energía al día siguiente, aun con el riesgo de saber que eso implicaría tardar más en llegar a Junín.

Esta decisión no significaba que no estuviesen preocupados con que Dom encontrara antes que ellos a Luciana: al contrario, no paraban de pensar en ello. Habían invertido mucho esfuerzo en averiguar el paradero de la mujer como para que ahora todo fuese en vano.

En cualquier caso, si Dom se les adelantaba y desaparecía con las joyas tampoco sería el fin del mundo: ahora, al menos, tendrían algo que antes no, y es dos documentos de identidad argentinos en regla. De desearlo, podrían comenzar una nueva vida en el país del tango, lo que ilusionaba especialmente a Marina.

## Noche 1

Marina estacionó en el parking de un motel de carretera que encontraron tan sólo treinta minutos después de haber partido. El edificio tenía anexo un pequeño restaurante de mala muerte, donde cenaron algo rápido y después subieron a la habitación que acababan de alquilar, la ocho, el número favorito de Marina.

La habitación era austera, vieja e incluso algo tétrica, pero al menos no la tendrían que compartir con nadie. Además, la cama era doble, no como la de la fábrica, que era individual y la pareja se sentía ahí como sardinas en lata. El baño, afortunadamente, también era privado.

Marina se desnudó y se metió directamente en la ducha, e invitó a *su hombre*, como le gustaba denominarlo, a que se uniera a ella.

Bajo el caliente y agradable chorro de agua juntaron sus hermosos cuerpos y se besaron y acariciaron con absoluta pasión. «No sabes cuántas ganas tenía de esto», le susurró Tony. «Quiero sentirte», le contestó Marina. Y así fue. Pronto él se adentró en lo más hondo de ella, que gimió con la misma voluptuosidad de la primera vez que hicieron el amor, pues decir que eso era meramente sexo supondría quedarnos muy cortos.

Tras este agradable encuentro pasaron a la cama. Eran las tres de la mañana y estaban exhaustos. Tenían intención de despertarse temprano, pero ya imaginaban que les costaría bastante.

—Este sitio está bien —dijo Tony mientras se desperezaba—. Es feo, pero estamos tranquilos.

—Cualquier sitio a tu lado es excepcional —Marina se apoyó en su pecho y sintió el latido de su corazón. Esta postura, al sentirse protegida, le encantaba, llegando incluso a ser su favorita.

Le acarició los pectorales mientras meditaba. Quería comentarle algo desde hacía rato, aunque tampoco tenía ganas de alterar a Tony. Finalmente se animó:

—¿No te sientes mal por Oliveira?

—¿Por qué? ¿Porque la vamos a engañar? —adivinó por dónde iban los tiros.

—Sí. Aunque al principio resultase desagradable, ha acabado portándose muy bien con nosotros. Nos ha dado alojamiento, dinero, ropa, comida, su propio coche... y así se lo vamos a pagar.

—No estarás pensando en darle una parte de las joyas si las recuperamos, ¿no? —preguntó con recelo.

—Bueno, pues...

—Marina, qué poco firme eres en tus convicciones.

—Ya, pero...

—Si se ha portado tan bien con nosotros es porque le conviene. Ya te lo dije y te lo repito ahora una vez más: Es una delincuente. No olvides que todas esas joyas las robó ella primero.

—Tienes razón.

La pareja aparcó aquí la conversación y decidieron intentar dormir, cosa que a Tony le costó especialmente, pues se había alterado con esa última ocurrencia de Marina.

## Noche 2

Pese a que el despertador había sonado dos horas antes, se acabaron despertando a las diez de la mañana. No habían dormido todo lo que hubiesen querido, pero dado a que hacía tanto que no descansaban en una cama en condiciones, se sentían con una fuerza y una vitalidad que extrañaban mucho.

Desayunaron en el restaurante, compraron comida preparada para más tarde, repostaron gasolina un kilómetro más adelante y retomaron el viaje hacia el sur.

Durante siete horas condujo primero Marina, y durante otras siete Tony, haciendo cada uno un solo descanso de quince minutos.

Tomaron la carretera 163, que colindaba con la frontera de Paraguay e iba dejando a su derecha el río Paraná. Aunque fuese fatigoso, disfrutaron mucho aquel viaje: carreteras más o menos decentes, pocas curvas y abundante vegetación con un intenso verde a ambos lados de la vía. La vida en aquel país era más humilde y precaria de lo que lo era en España, eso sin duda, pero quizás en tal cosa radicara su belleza e idiosincrasia, en su intrínseco contacto con la naturaleza, con lo importante, y no tanto con lo artificial.

Llegada la noche abandonaron el estado de Mato Grosso del Sur y se adentraron en el de Paraná. Prácticamente llevaban recorrido la mitad del trayecto y al día siguiente, si no había ningún imprevisto, cruzarían a Argentina, pero ahora debían descansar.

Pararon en Missal, una pequeña ciudad que quedaba muy cerca de la frontera. Tenía un aspecto muy parecido a Água Boa, siendo su principal economía también el sector primario.

Marina y Tony aparcaron y se hospedaron en un hotel familiar donde una pareja de ancianos, los propietarios, les atendieron muy bien, llegando incluso a hacerles sentir como en casa. Resultaron ser absolutamente agradables, en especial él, que hablaba algo de español y se interesó mucho por sus andanzas. Les preguntó qué hacían en un lugar como ese, y ellos respondieron que simplemente habían estado visitando Brasil sin una ruta fija, dejándose llevar por la improvisación, y ya volvían a Argentina.

El viejo les advirtió que, si iban a cruzar la frontera en Foz de Iguazu (que esa era la idea), lo hicieran a partir de las nueve de la mañana: habría más movimientos de coches, pero precisamente por esto, por el volumen de trabajo, habría menos posibilidades de que la policía rastreara el vehículo o hiciera muchas preguntas, por lo que al final tardarían menos tiempo en pasar. A la pareja esto le pareció genial; no porque fueran a emplear más o menos minutos en la frontera, eso era lo de menos, sino por el hecho de que la policía aduanera no les diera demasiado problema. Así pues, decidieron que no había motivo alguno para despertarse demasiado temprano. Aquella noche sería para aprovechar y dormir a gusto.

## Noche 3

Despertaron a las nueve y cuarto de la mañana. Habían dormido muchísimo, pero no se arrepentían: todavía les quedaban por conducir muchas horas, y estar encerrados en el coche era muy agobiante.

Desayunaron, repostaron gasolina y Tony enterró su pistola en el suelo de un bosquecillo cercano. Si se la pillaban en la frontera se metería en un lío bastante gordo, así que no le merecía la pena arriesgarse. Respecto a la de Marina no había que preocuparse, pues ya había quedado olvidada en la habitación del albergue de Água Boa, cuando se le cayó en el forcejeo con aquel tipo que intentaba abusar de ella.

Retomaron la marcha. En una hora llegaron a Foz do Iguaçu, la última ciudad brasileña por la que iban a pasar. Aquí se formaba un curioso triffinio, es decir, una triple frontera, en este caso entre Brasil, Paraguay y Argentina.

Llegaron hasta el Puente Internacional Tancredo Neves, que unía aquella ciudad con Puerto Iguazú (Argentina). Había un gran volumen de coches intentando cruzar la frontera, tanto por un sentido como por el otro. Esto supuso, tal y como el viejo les avisó, que la policía aduanera despachara a la gente rápidamente.

Cuando era el turno de Tony y Marina, éstos estaban tremendamente nerviosos, tanto que a ambos le caían goterones de sudor por la frente. Si algo salía mal todo se podía ir al garete, y que todo se echara a perder a estas alturas hubiera sido una pena.

Les preguntaron qué llevaban en el maletero; contestaron que nada. Analizaron con un vistazo sus pasaportes y sus DNIs sin hacer ningún comentario. Les dejaron pasar.

Al final no había sido para tanto. La policía supuso que, por su aspecto, Marina y Tony eran una pareja normal y corriente, sin drogas, ni armas, ni ningún otro producto prohibido escondido en el capó o en algún otro rincón del coche; no merecía la pena perder tiempo con ellos.

Así pues y casi sin darse cuenta, ¡ya estaban en Argentina! Les parecía un sueño haber llegado hasta allí sin problemas. Marina incluso se pellizcó, probando suerte a ver si todo había sido fruto de su imaginación y todavía estaba viviendo plácidamente en la mansión de Tony en Marbella.

Cerca de allí se encontraba una de las (nada más y nada menos) Siete maravillas naturales del mundo, las Cataratas del Iguazú. Desde luego, en otras circunstancias hubiese sido una parada más que obligatoria la de ver estas espectaculares creaciones de la Naturaleza, pero ahora no había tiempo que perder.

Desde donde estaban hasta Junín, todavía restaban unas diecisiete horas de conducción. Si todo iba bien, llegarían a su destino al día siguiente.

Dom ya debía de llevar dos días en aquella ciudad. Había tenido tiempo suficiente para encontrar a Luciana, pero una voz interior le decía a Tony que no debía rendirse todavía, que nada estaba perdido.

Lo primero que hicieron en Puerto Iguazú fue cambiar todos los reales que llevaban encima por pesos argentinos. A continuación, tomaron la Ruta Nacional 12 hacia el sur y, de nuevo, se encontraron con carreteras muy rectas, mucha vegetación a ambos lados de éstas (aunque menos que en Brasil) y cabañas y casitas humildes que de vez en cuando se dejaban ver por el camino.

Pasaron por pequeñas ciudades tan variopintas como Puerto Libertad, Wanda, María

Magdalena o Montecarlo (que, por supuesto, nada tenía que ver con el barrio monegasco). Pararon a comer en Candelaria, una pequeña ciudad muy rural donde probablemente rara vez ocurría algo.

Cuando se llenaron el estómago, como Tony era el que había estado conduciendo hasta entonces durante ese día, Marina le relevó de la fatigosa tarea de estar al volante.

La tarde transcurrió bien y sin el menor incidente, y la pareja estuvo en buena sintonía en todo momento.

Pararon a las once de la noche en un hostel a las afueras de Chajarí, otra pequeña ciudad de paso. Repostaron, cenaron, pidieron una habitación y fueron directos a descansar. La habitación, como de costumbre, era pequeña y cochambrosa, pero siempre que hubiese una cama de matrimonio les parecía perfecta.

—Me gusta Argentina —le comentó Marina.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es tranquila, hay mucho contacto con la naturaleza, parece que la vida va a otro ritmo más lento...

—Pues como en Brasil.

Ambos estaban tumbados en la cama, abrazados y desnudos, y no había ninguna luz encendida. Se escuchaban grillos afuera y la ventana estaba abierta.

—Pero aquí al menos la gente habla nuestro idioma.

—No sé si eso es una ventaja o una desventaja —suspiró Tony.

—¡Ay, no seas así!

—Además, no te creas que toda Argentina es tan tranquila, tan pacífica, tan natural... estamos prácticamente en el campo. Buenos Aires, Rosario, Córdoba... no tienen nada que ver con esto.

—Puede que tengas razón. Oye, ¿cuánto dinero nos queda del que nos dio Oliveira?

—No te sé decir exactamente, pero teniendo en cuenta lo que estamos gastando en habitaciones, comida y gasolina... poco. Quizás, para tres o cuatro días más.

—Si conseguimos vender las joyas... ¿dónde te gustaría vivir, Tony?

—Ummmh... —pensó un momento—. Me da igual. Donde tú seas feliz.

—Pero tendrás alguna preferencia.

—En algún lugar no demasiado pequeño. Odio todo lo que rezume a pueblo.

—Ya que estamos en Argentina, ¿qué te parece Mar de Plata?

—Grande, me gusta. Y es una ciudad costera. Me recuerda a Marbella.

—Eso es bueno, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Crees que se podría vender tu mansión de Marbella? Eso nos solucionaría la vida.

—Lo veo muy difícil dada mi situación actual... necesitaríamos testaferreros y sobornar a más de un funcionario español, y todo desde aquí. Complicado, pero no imposible.

Permanecieron unos instantes abrazados y en silencio.

—¿Sabes en quién estoy pensando mucho? —le preguntó Tony.

—Déjame adivinar... ¡Ahmed!

—Eureka. Me pregunto si seguirá en la cárcel...

—Si hubiese salido te habría avisado, ¿no?

—No estoy tan seguro de ello. Él sabe de sobra que la policía va tras nosotros y, si saliese, con toda seguridad le tendrían intervenidas las llamadas telefónicas. No querría ponernos en un aprieto.

—Estoy segura de que os volveréis a reencontrar, antes o después.

—Sí. En el infierno —ambos comenzaron a reír a carcajadas, y bajaron el tono cuando repararon en todo el ruido que estaban haciendo.

—Tengo la sensación de que esta aventura está llegando a su fin... —se mordió el labio inferior.

—Espero que nos deje un buen sabor de boca.

—Pronto lo sabremos.

Escucharon gritos que provenían de la calle; unos chillidos desgarradores de una mujer que pedía auxilio. A Marina inmediatamente se le vino a la mente cuando su ex intentó violarla, y cuando intentaron lo mismo en el albergue de Água Boa. Estos recuerdos tan desagradables la paralizaron del miedo.

Tony se asomó a la ventana. Apenas se veía nada en la oscuridad de la noche, pero los alaridos de terror no cesaban. Nuestro héroe se apresuró en ponerse unos calzoncillos y una camiseta.

—Ahora vengo —le dijo a su amada.

—¡Cu... cuidado...! —apenas le salía la voz del cuerpo.

La habitación del hostel estaba en una planta baja que daba a la calle, así que sólo tuvo que salir por la puerta y analizar de dónde provenían aquellos gritos. Agudizó el oído. Le pareció que provenían de detrás de un camión aparcado en la penumbra más absoluta, en pleno campo, a unos cincuenta metros de distancia.

Corrió veloz hasta allí y, conforme más se acercaba, más nítidamente podía escuchar lo que aquella desconocida en apuros gritaba: «¡Dejame, dajame en paz, boludo! ¡Ya te dije que no quiero nada con vos!».

Tony rodeó el vehículo y descubrió a un camionero cincuentón, gordo y calvo que agarraba de las muñecas con fuerza a una muchacha muy joven y guapa mientras intentaba desnudarla.

—¡Eh! —vociferó Tony, bragado—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—¡Socorro, ayúdeme! —le suplicó la mujer mientras continuaba intentando zafarse de su opresor, que parecía no hacer caso a la presencia de nuestro héroe.

Tony se abalanzó contra él y lo empujó con todas sus fuerzas. El hombrecillo calló al suelo y rodó como una bola de paja. La joven salió a correr y se escondió en algún rincón oscuro.

Una vez recompuesto, aquel viejo y gordo se levantó y fue en esta ocasión él quien atacó a Tony, derrumbándolo en el suelo y aplastándolo con todo su peso.

Tony escuchó cómo algo en su espalda hacía *crack*, sonido que vino precedido por grandes dolores.

Iniciaron una pelea en el suelo en la que hubo puñetazos, patadas y mordiscos, pero pronto el camionero acabó pidiendo clemencia y llorando como un bebé indefenso. Tony dejó que se subiera a su camión y se marchase de allí. ¿Qué interés podía tener en hacerle más daño? Ya había recibido su merecido.

La chica salió de su escondite, se acercó hasta Tony y le agradeció su valiente actuación. «Eres mi salvador», le dijo, provocándole los mayores rubores.

Aquella joven no debía de tener más de veinte años. Era muy rubia, probablemente teñida, y muy blanca. No demasiado alta, pero tenía buen cuerpo y un busto enorme, además de una cara preciosa. Pese a que ya de noche hacía frío, vestía un pronunciado escote y unos pantalones muy cortos.

Le explicó que era prostituta, y que el asqueroso que la estaba intentando violar era un perverso al que ya había rechazado en más de una ocasión, porque era bien sabido por toda la

ciudad que padecía de numerosas enfermedades de transmisión sexual y no se las trataba, y mucho menos usaba precaución de ningún tipo.

Tony le dijo que tenía una habitación alquilada con su novia —y recalcó lo de *su novia* para evitar malentendidos— en el hostal de al lado; que si quería, podía ir, ducharse e incluso dormir con ellos. Él se ofreció para pasar la noche en un pequeño sofá y la cama cedérsela a las chicas.

La joven contestó que no, no sin antes agradecer su oferta y el hecho de que estuviese siendo tan amable con ella. «La gente no suele serlo», le dijo, y tal comentario hizo nacer una gran ternura en Tony, que ahora deseaba todavía más ayudarla. Le volvió a insistir en su proposición, pero la rechazó una vez más: «Debo seguir trabajando»

Así pues, Tony no la molestó más, se despidió de ella y volvió a la habitación, donde le narró a Marina, con peros y señales, todo lo acontecido. Ella se hizo con un botiquín que había en el baño y le curó como pudo las nuevas heridas que se había ganado durante la pelea. Después le hizo un masaje en la espalda para intentar mitigar el dolor, hasta que se quedó dormido y ella ya pudo descansar también.

Y así terminó esta última noche antes de llegar a Junín.

# 11

Se despertaron muy temprano, justo cuando salía el sol, y, como todavía la cafetería del hostel no estaba abierta, compraron algo de comida basura y refrescos en una máquina expendedora que había en la misma recepción.

Abandonaron Chajarí y retomaron el viaje, del cual todavía restaba medio día de conducción.

En la autovía, muy cerca de Buenos Aires, se produjeron varios accidentes de tráfico sin importantes consecuencias, pero que causaron grandes congestiones que retrasaron el trayecto cerca de una hora.

Finalmente, a las cuatro de la tarde lograron entrar en Junín. Este lugar, con un espíritu mucho más urbano y un fuerte peso en la economía de los sectores secundarios y terciarios, sin llegar a ser una gran ciudad, no tenía nada que ver con la mayoría con las que se habían cruzado hasta entonces para llegar aquí.

Situado en la parte oeste de la ciudad, llegaron directamente al estadio gracias al navegador del móvil. Aparcaron en las inmediaciones y se dispusieron a buscar la vivienda de la familia de Luciana. No tenían ni idea de cómo empezar. ¿Acaso irían pegando puerta por puerta hasta dar con ella? Y, una vez la encontraran, ¿qué? Sólo disponían de la fuerza física como arma. Esta clase de inconvenientes no los habían sopesado, pero Tony era un temerario y no se iba a achantar a estas alturas.

Se fijaron en una anciana sentada plácidamente en el porche de una casita. Parecía una de estas señoras que lo único que les queda en la vida es la contemplación, y que son muy cotillas, y quizás, precisamente por eso, podría ayudarles. Se acercaron hasta ella.

—Buenas tardes, señora —Marina decidió ser la que hablara, para así transmitirle más confianza—, me preguntaba si podría usted ayudarnos.

—¿Quién sos? —preguntó secamente la anciana, que debía de tener unos ochenta años, sin siquiera levantar la mirada. Portaba unas gafas de sol muy antiguas.

—Soy una turista... extranjera. Vengo buscando a...

—¡Ah, española! ¡Colonialista, imperialista! —la interrumpió a gritos la vieja. Marina y Tony se miraron de reojo, casi como si no pudieran creer el surrealista momento que estaban viviendo...

—Busco a una mujer que se llama Luciana. Según nos cuentan solía vivir aquí, frente al estadio... ¿sabe algo?

—Por supuesto, niña —contestó ahora más calmada. Probablemente fuese un poco neurótica—. Llevo en este barrio muchos años y conozco a todos los que han pasado por aquí.

—Y... ¿nos puede decir dónde vive Luciana, por favor? —intervino Tony, impaciente.

—¡Eh! ¿Quién sos vos? ¿Cuántos son?

La pareja comprendió en este instante que la mujer llevaba gafas y sólo miraba al frente porque era ciega.

—Me llamo Tony. Sólo somos dos personas. ¿Nos puede ayudar o no? —sonó un poco borde. Marina le puso una mano en el hombro, como indicándole que se tranquilizara y que la dejase hablar a ella.

—Luciana, Luciana... —saboreó el nombre varias veces, intentando recordar quién sería—. ¿Buscáis a la madre o a la hija?

—Ummmh... no estoy segura de que hablemos de la misma persona —le explicó Marina—. Buscamos a una mujer de treinta y muchos años, con dos hijos pequeños, una niña y un niño. Su pareja se llamaba... se llama —se corrigió— Gabriel, y es brasileño. Han estado viviendo allí varios años.

—Han estado viviendo allí *muchos* años —apuntó la mujer—. Hace bastante que no viene por aquí.

—Creemos que ha regresado y posiblemente esté con su madre. Cuando antes hablaba de Luciana madre y Luciana hija, ¿se refería a ellas?

—Sí, a las mismas. Luciana madre vivía aquí, muy cerca de mi casita, pero se mudó.

Oh, mierda. La pareja tenía el presentimiento de que la búsqueda estaba a punto de complicarse, ahora que se creían tan cerca de su objetivo.

—¿Muy lejos?

—¡No, para nada! Sigue en la ciudad.

—Menos mal.

—Viven en la calle 2 de Enero, en el número cinco. ¡Para que veáis la buena memoria que tenemos las viejas! —comenzó a reír como una loca, y entonces tosió como si se fuera a ahogar.

—Bueno, pues muchas gracias por todo —se despidió Marina.

—Eh, pero decidme antes quiénes son. Espero no haber metido en ningún problema a Luciana...

Tony agarró del brazo a su novia y se la llevó hasta el coche para no tener que dar explicaciones, y dejaron a la anciana sola y refunfuñando.

De nuevo el GPS fue el mejor amigo al que podían recurrir: en tan sólo cuatro minutos llegaron a la calle 2 de Enero, que era como otra cualquiera de aquella ciudad: con muchos árboles, con casas bajas, sin vallas, con la naturaleza muy presente... quizás, lo más reseñable es que las viviendas no eran demasiado humildes.

—La número cinco —dijo Marina señalando la casa frente a la cual aparcaron.

Tony apagó el motor y quedaron en el más absoluto silencio. La calle estaba desértica.

—Estoy nervioso.

—Vaya —Marina se impresionaba cada vez que su novio decidía demostrar debilidad.

Presentían que algo estaba a punto de ocurrir; bueno o malo, pero algo. No había lugar para términos medios: ellos no eran una pareja al uso, ¡para nada!, eran extremistas. Desde que se conocían, les había ocurrido de todo, especialmente a Marina, que hasta entonces siempre había tenido una vida monótona y aburrida. El estar con Tony siempre suponía nuevas aventuras, nuevas dichas y desdichas, y sabía que estaba a punto de vivir alguna de éstas.

Se bajaron del vehículo. La casa número 5 se trataba de una vivienda de una sola planta, de ladrillo blanco, probablemente pintado hacía poco, y un tejado marrón. Las tres ventanas que daban a la fachada principal estaban cubiertas, por el otro lado, por cortinas que impedían ver el interior. Un pequeño y no muy cuidado jardín daba la bienvenida a los visitantes.

Fueron hasta la puerta y, para su sorpresa, se la encontraron entreabierta. Pusieron la oreja y escucharon una voz masculina dando gritos, aunque no alcanzaban a entender qué decía.

—Dom —pronunció Tony, nervioso.

Mierda. Otra vez se nos ha adelantado.

Se adentraron en el interior, él delante y ella detrás. La primera estancia era un largo pasillo. A la mitad de éste, en la parte derecha, había un arco que daba a otra habitación, y es desde ahí de donde parecía provenir la voz del brasileño. Ahora lo escuchaban mejor. «Dime de una vez dónde

coño están las joyas». Sí, definitivamente se trataba de su inconfundible acento.

En la entrada, dentro de un paragüero, había un bate de béisbol. Parecía que Dios lo había colocado ahí para Tony, que se armó con él.

—Ssssh... —le chistó a Marina y caminaron muy sigilosamente hasta el arco.

Llegaron y, en aquella habitación, encontraron a Dom de espaldas, que no había reparado todavía en su presencia. Frente a él, una mujer de unos treinta y muchos años, otra de sesenta y pocos, una niña y un niño, todos ellos de rodillas en el suelo, con las manos y los pies atados, y además amordazados, esto último excepto la mujer de treinta y muchos, que era Luciana.

Por fin nos encontramos, pensó Tony al verla.

Aquella indefensa familia, al ver a la pareja aparecer por el arco, se quedó mirándola muy sorprendida, y eso fue su perdición. Dom siguió sus miradas y se volvió.

—¡Oh, joder...! —dijo al tiempo que los apuntaba con la pistola—. ¡Suelta eso!

Tony lanzó el bate al suelo y subió las manos en alto; Marina lo copió.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Dom furioso.

—La pregunta es qué haces tú aquí —Tony puso mucho énfasis en ‘tú’—. ¿Pensabas que nos ibas a engañar, que te ibas a quedar con todo?

—¡Oh, vamos...! Todos somos criminales, no me des ninguna lección.

—Te debería haber pegado un tiro en el apartamento de Gabriel...

—Estás en lo cierto, deberías haberlo hecho. Pero no lo hiciste por tu putita, ¿eh? —miró a Marina.

—No le hables así o te juro que te mato...

—No estoy seguro de ello —agitó la pistola a modo de amenaza—. Cuando te quite de en medio me divertiré un poco con tu novia, ¡a tu salud! —comenzó a reír salvajemente—. ¿Qué te parece?

—Dom —intervino en la conversación Marina, intentando rebajar la tensión del momento—, cuéntanos, ¿cómo has averiguado dónde estaba Luciana?

—En el apartamento, antes de que llegárais, en el cubo de la basura del baño encontré una fotocopia de un boleto de tren desde Buenos Aires hasta Junín. Parece que Gabriel no era tan cuidadoso como pensábamos... luego, aquí, solo tuve que preguntar hasta topar con esta casa, aunque he de decir que he perdido bastantes días en ello. Vosotros habéis sido mucho más rápidos. Por cierto —dijo, ahora dirigiéndose a Luciana—, este hombre y esta mujer de aquí, que se llaman Tony y Marina, son los que han asesinado al padre de tus hijos. ¿Por qué no les das la bienvenida?

La mujer comenzó a llorar y, aprovechando este descuido en el que el malvado reía a su aire, Tony se abalanzó sobre su espalda y se lanzó al suelo con él. Comenzaron a pegarse y se enzarzaron en una pelea rodando por todo el salón.

Marina se hizo con el bate de béisbol y golpeó varias veces a Dom, aunque parecía que apenas le hacía daño.

Dom intentó levantarse del suelo agarrándose a una cortina, pero lo único que consiguió fue desprenderla. Tony continuaba pegándole. Parecía llevarle ventaja, pese a que, en apariencia, el brasileño estaba físicamente mejor preparado.

Finalmente, Dom logró ganar el suficiente tiempo para apuntar y disparar a Tony en la pierna, que gritó del dolor y paró de pelear.

Era el fin. Los tenía cazados. En cuestión de pocos minutos, Dom ató y amordazó también a la pareja, y los colocó en fila junto con la familia. ¿Iba a acribillarlos a todos?

—¡Ya estoy perdiendo la puta paciencia! —gritó al tiempo que escupía saliva ligada con sangre al suelo—. Dime de una jodida vez dónde está el dinero o te vuelo la cabeza —apuntó a Luciana, pero ni el miedo a perder la vida en cualquier momento parecía animarla a hablar. Su orgullo era excesivo, y antes que rendirse prefería morir e incluso ver morir a toda su familia.

Ningún secreto era revelado. Lo único que se escuchaba era el *tic, tac* de un reloj de pared.

—Se acabó —dijo Dom harto de esperar, mientras se disponía a apretar el gatillo.

Entonces, cuando ya todos los presentes podían imaginar el cuerpo de Luciana en el suelo, sin vida, con una herida sangrante en la frente, el milagro sucedió.

Una bala atravesó y rompió el cristal de la ventana que había perdido la cortina en el forcejeo, e impactó en el pecho de Dom, que cayó al suelo en el acto, malherido, y se le escapó de las manos su pistola antes siquiera de que pudiera disparar.

La sala quedó en silencio. Dom rugía y se desperezaba de dolor. Tony, Marina, Luciana y todos los demás retuvieron la respiración, alertados, aterrorizados y esperando ver qué sería lo próximo que ocurriría.

Pasaron diez segundos y comenzó a escucharse jaleo en la entrada. Unas pisadas de tacón recorrieron el pasillo y Oliveira apareció bajo el arco.

Nadie podría haberlo imaginado. A la mujer a la que Tony y Marina pensaban traicionar, les acababa aparentemente de salvar la vida. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí?

—Hola, chicos —saludó a la pareja y les quitó la mordaza de la boca—. Hola, Luciana —se dirigió ahora a la viuda de Gabriel—. Cuánto tiempo.

—Cuánto tiempo... —dijo la mujer tímidamente. Era la primera vez, en todo aquel rato, que se le escuchaba su tierna voz.

—Si os lo preguntáis, no he sido yo quien ha disparado.

Tras Oliveira, en el arco, apareció un equipo de cuatro policías argentinos armados con pistolas, que entraron en la habitación y desataron a todos los presentes y los esposaron, excepto a los niños, que los retuvo uno de los agentes para que no se fueran.

—¿Qué está pasando aquí...? —preguntó Marina, atónita.

—Que esto es una trampa... —susurró Tony.

—Agentes —Oliveira se dirigió a los policías—, ¿me otorgan un minuto para esclarecerles a estos individuos cómo hemos llegado hasta aquí?

Le dieron una respuesta afirmativa y Oliveira comenzó a explicarse:

—Pensabais que era una torpe, ¿verdad? Una don nadie, una inútil. No, Tony, no, Marina; siempre sé muy bien lo que hago. Os abrí las puertas de mi hogar sin pensarlo dos veces. Os ofrecí un techo, comida, higiene... tan sólo teníais que ayudarme con tareas con las que encima sabíais que seríais remunerados. Pero me traicionasteis, no sé si porque no confiabais en mí o porque sois unos avariciosos. Eso lo dejo para que lo penséis vosotros.

—Te traicionamos porque queríamos una vida tranquila —la interrumpió Marina.

—Cuando os entregué los móviles —continuó hablando sin hacer ningún comentario—, por supuesto llevaban integrados, los dos, un software que me permitía escuchar lo que decíais. Grababa en todo momento. Noche y día. Y fue gracias a vuestras conversaciones cómo descubrí lo que planeabais.

¡Joder! ¿Cómo no lo pude pensar antes? Soy un imbécil, reflexionó Tony mientras la escuchaba hablar.

—Escuché vuestra conversación con Dom en el piso de Gabriel, así como vuestras sospechas sobre que la proposición de colaboración que os había hecho era un regalo envenenado. Os

espiaba las veinticuatro horas, apenas dormía. Tenía claro que debía actuar, que no podía permitir que ni vosotros ni él os llevarais las joyas. Entonces, la policía brasileña contactó conmigo. Según me explicaron, agentes españoles investigaron el móvil de una amiga tuya, Marina, y en uno de los correos electrónicos que le enviaste me nombraste, explicando que yo os había acogido en mi fábrica.

Marina recordó cuando Lucía le avisó de que la policía le había requisado el móvil. ¡Se sintió tan estúpida...! Debería haber hecho caso a Tony y no ponerse en contacto con nadie. ¡Qué razón tenía cada vez que le advertía de que «es muy peligroso»!

—El agente que me contactó —continuó hablando Oliveira— me advirtió de que aquellos emails me delataban respecto a los robos en las joyerías, pero que me absolverían si cooperaba con él. Por supuesto acepté. En un principio, el plan contemplaba atraparos en la fábrica cuando regresaseis de Água Boa, pero finalmente la policía decidió que os seguiríamos para ver si, con un poco de suerte, nos llevabais hasta Dom, y así, de paso, le atrapaban a él. Os buscaban con mucho ahínco, chicos, pero sobre todo a ti, Tony. Se ve que en España has cometido muchos delitos como para que se utilicen tantos recursos para localizarte.

—¿Ha terminado ya? —le preguntó secamente uno de los agentes.

—Eh, sí... —respondió Oliveira al ver la sequedad con la que el joven policía se dirigió a ella.

El mismo hombre fue hasta Flavia, le colocó las dos manos en la espalda y la esposó.

—Pero... ¿Qué hace...? ¿Qué significa esto? —preguntó aturdida, sin casi creerse el engaño del que también había sido víctima—. ¡Me han asegurado impunidad!

—Se la prometen a muchos, señora —dijo el agente sujetándola con firmeza—. Otra cosa es que lo hagan en serio o no.

—Parece que aquí todos nos hemos traicionado entre todos —Tony soltó una triste sonrisa mientras era conducido hasta el exterior, donde había tres coches patrulla esperándolos.

# EPÍLOGO

23 de agosto de 2019.

—Entonces... ¿me puedo ir tranquila?

—Por supuesto que sí, te lo he dicho ya varias veces. Sé que suena raro, pero aquí soy feliz, amiga. Y si vienes a verme de vez en cuando... ¡más aún!

—No sé, no sé... —Lucía no estaba del todo segura de la palabra de Marina—. ¿Sabes cuándo dictaminará el juez la sentencia?

—¡Ufff...! Ni idea, pero esas cosas van lentas. Por ahora estoy bien como estoy y donde estoy. La gente no busca follones a lo tonto y cada uno va a su bola.

—Jamás te hubiera imaginado así...

—Al menos no estoy muerta.

—En eso tienes razón. ¿Tus padres cómo se lo han tomado?

—Pues prefieren tenerme aquí en vez de en Brasil. Además, quieren retomar algo de contacto conmigo. Sólo hemos hablado tres minutos por teléfono, pero la semana que viene tendré una comunicación con ellos. Tengo tantísimas ganas...

—Me alegro un montón de que os volváis a llevar bien.

La funcionaria se acercó para indicarles que el tiempo de la comunicación oral ya había terminado. Lucía colocó la palma de su mano en el cristal que la separaba de Marina, y ella la puso en el mismo lugar, por el otro lado. Se despidieron con un «te quiero, amiga» que susurraron compenetradas.

Marina fue escoltada de vuelta hasta su módulo y salió al patio. Allí le esperaba Tony, con el que se fundió en un tierno beso nada más verlo, provocando las risas y los vítores de los que les rodeaban.

Tras ser arrestada por la policía argentina, la pareja había sido inmediatamente extraditada a España, ¡para su suerte!, pues allí, en el país latinoamericano, las cárceles son mucho más duras.

Pasaron a disposición judicial y el juez les decretó prisión preventiva en la cárcel de Alhaurín de la Torre (Málaga). Casualmente, en este centro se estaba estrenando un módulo de convivencia mixta entre hombres y mujeres, y aprovechando la casuística de que Tony y Marina eran pareja, se aprobó enviarlos allí.

El juez todavía tenía que pronunciarse sobre las penas de cada uno de ellos, que posiblemente no serían cortas. Se les acusaba de numerosos delitos: asesinato, tortura, robo de vehículo, soborno... más unos cuantos más que le imputaban a Tony por su previa actividad delictiva en Marbella. En fin, ya podían adivinar que pasarían una buena temporada entre rejas.

Pero no les importaba en absoluto. Eran los más felices del mundo, cosa que casi nadie allí entendía. El mero hecho de tenerse el uno al otro había sido el sueño principal de Marina desde que conoció a Tony, y también el de éste cuando aprendió a valorar lo más importante de su vida: ella.

Respecto a Dom, aunque aquel disparo le dejó malherido, tras pasar dos semanas críticas en el hospital, sobrevivió. Una vez (más o menos) recuperado, fue ingresado en una prisión brasileña, así como Oliveira, a la que le esperó la misma suerte pese a las falsas promesas de la policía.

Luciana, la mujer de Gabriel, también ingresó en prisión, y sus niños quedaron bajo la custodia de su madre. Todas las joyas robadas fueron devueltas a los locales atracados, que recibieron esta inesperada buena noticia con mucho alboroto.

Y así termina esta historia, en la que todos salieron perdiendo excepto, curiosamente, Tony y Marina.

FIN

## NOTA DE LA AUTORA

Querido/a lector/a, si has llegado hasta aquí, debo darte las GRACIAS por haber adquirido y leído este libro hasta el final. Espero que lo hayas disfrutado y, si es así, siéntete libre de puntuarlo y dejar un comentario en Amazon. ¡Me hará muy feliz leerte!

Recuerda que puedes seguirme en Twitter (@natalia\_divan) y en Facebook (facebook.com/nataliadivanautora) para enterarte de novedades que te pueden interesar. Además, también puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, y así recibir notificaciones de todas las novelas que publique.

Probablemente ya hayas leído la primera parte de la bilogía ‘Amores Peligrosos’, pero si no lo has hecho, te invito a que adquieras el libro en Amazon y lo disfrutes tanto como éste.

¡Hasta pronto!